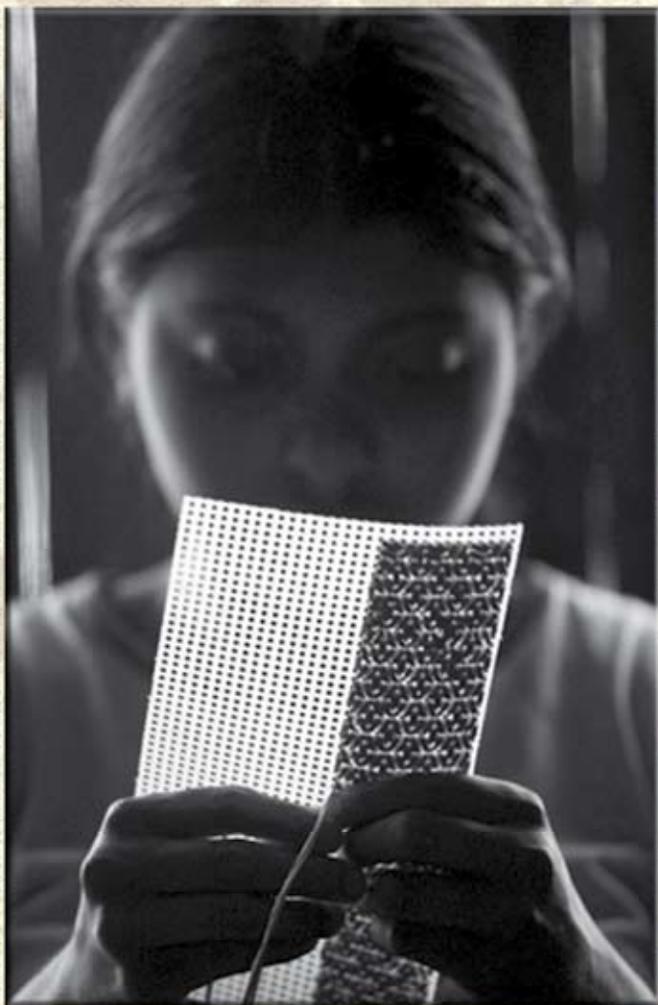


# Voces y Silencios

## Testimonios de mujeres trabajadoras



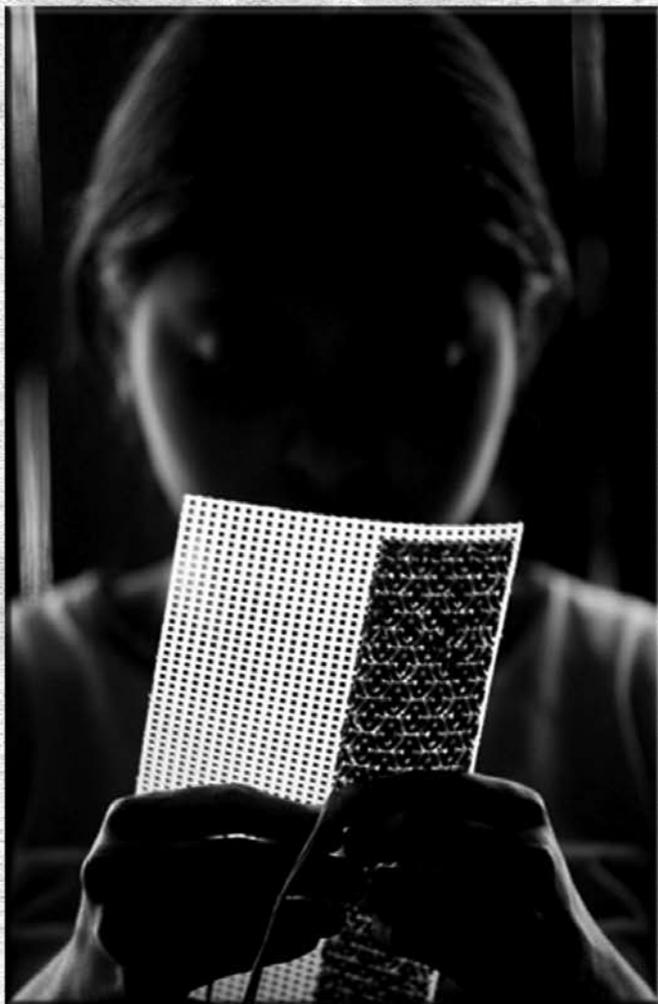
EDICIONES  
**mers** ESCUELA  
NACIONAL  
SINDICAL



CORPORACIÓN EDUCATIVA  
"COMBOS"

# Voces y Silencios

## Testimonios de mujeres trabajadoras



EDICIONES  
**ibens** ESCUELA  
NACIONAL  
SINDICAL

**Combas**  
CORPORACIÓN EDUCATIVA  
"COMBOS"

© ESCUELA NACIONAL SINDICAL  
Calle 51 N° 55-78  
Tel: 513 31 00 - Fax: 512 23 30  
E-mail: fondoeditorial@ens.org.co  
www.ens.org.co  
Apartado Aéreo 12 175  
Medellín, Colombia  
2007

© Corporación Educativa Combos  
Calle 51 N° 56A-35  
Tel: 514 16 72 - 217 51 46  
E-mail: combos@une.net.co  
areamujer@une.net.co  
www.combosconvoz.org  
A.A. 67814  
Medellín-Colombia  
2007

ISSN: 1794-9270

Para esta publicación la Escuela Nacional Sindical,  
recibe el apoyo de ISCOD-UGT y AECI

La Corporación Combos de:  
CAJA VITAL y SETEM

Este material se puede reproducir total o parcialmente  
por cualquier medio, previo permiso de las organizaciones

## Contenido

### **Presentaciones**

Silencios que se convierten en voces	
Gloria María Bustamante . . . . .	5
Voces y silencios de mujeres trabajadoras	
Margarita Inés Quiroz Fernández . . . . .	9
Acta de los jurados. . . . .	13

### **Reconocimientos**

¿Cómo me tocó empezar a trabajar?	
María Patricia Molano . . . . .	19
Memorias de un recorrido	
Jael Maryori Betancur Sepúlveda . . . . .	27
Un atrevido ensayo	
Luz Mery Martínez Osorno. . . . .	35
Viviendo	
Gilma Montoya Gómez . . . . .	47
Sueño con zapatos para mi alma descalza	
Teresita del Socorro Gallo Suescum . . . . .	53

## **Menciones**

Ahora sí puedo contar	
Marta Cecilia Restrepo y Enith Tobón González . . . . .	67
El trabajo de la calle: entre dulce y amargo	
Lucina Rúa G. . . . .	79
Una mariposa con ganas de volar alto	
Luz Mery Hernández Restrepo . . . . .	87
Mi vida frente al trabajo y estudio	
Nohemy Silva Plata . . . . .	95

## **Silencios que se convierten en voces**

*En el principio era la palabra  
Y la palabra se hizo carne,  
Se habitó de olvido y de silencios para no dolerse.*

*Al final está la palabra  
Llena de memorias y resquicios  
Con su propio tiempo y espacio  
Pero siempre aparece descuidada,  
Sola y fría,  
Con olor a madera, olivo o acero.*

*Ella no es ausencia cuando cierra los ojos,  
¡Es ensoñación!*

La escritura está en el filo más agudo de los ojos allí donde se hace urgente re-inventar las palabras para nombrar aquello que es tan conocido y cotidiano.

La escritura está en la piel acarbonada de la mujer que espera y de aquella que se cansó de aguardar y se volvió luciérnaga,

en la silenciosa, la barrendera, la maestra de sueños lactantes y añejos.

La escritura femenina

Está en el límite de lo que no somos,  
de lo que somos y queremos llegar a ser  
allí justo en la corteza de nuestra raíz.

La Corporación Educativa COMBOS, quiso en este aquellare de palabras de mujeres, dar cuenta de historias perdidas entre las ocupaciones maternas y el afán de la lucha diaria, historias que reflejan el miedo, el acoso laboral y sexual, la miseria. Pero al mismo tiempo la esperanza, la lucha por mantenerse en pie, por buscar otros horizontes.

Las mujeres han vuelto palabra los deseos ocultos en la olla presión, los gritos apretados en el vientre de sus hijos e hijas, las violencias resistidas, trapeadas con color a sangre vieja.

Han vuelto denuncia, las historias amarillentas, curtidas de pelar papas y plátanos verdes, viejas de pastar en las bocas de madres y abuelas, roncadas de gritar sin que las oigan. Historias laborales atrincheradas, hacinadas.

Han convertido las vocales en el alma de su historia para traer con ella la esperanza, la resiliencia. Mujeres que dejaron por un momento la cocina, la venta ambulante, los oficios de la sobrevivencia para escribir con un tinte añejo las alas de otro tiempo.

Las mujeres escribimos para no morir en el silencio de la violencia, para beber de nuestro pozo más antiguo, las palabras de otras: abuelas, madres, hijas.

Escribimos para identificar nuestras miserias y nuestras resistencias, para vivir dignamente agarradas del vértice más agudo de nuestra fuerza. Para sobrevivir a la muerte simbólica y a esa real que nos asecha diariamente, para salvarnos del yugo impuesto, para ser otras: Esas las que en verdad somos.

Es la hora de cambiar el luto de la garganta silente, por el amarillo, rojo, verde de las consonantes. Por eso para la Corporación Educativa COMBOS es política la tarea de reconocer la historia, de abrazarla críticamente, de hacerla denuncia escrita y exorcizar los fantasmas reales del patriarcado entre nosotras.

Voces y Silencios no es un concurso, es una estrategia de subjetivación política para el empoderamiento de las mujeres.

Las mujeres se han enfrentado a su propia palabra, han corrido el velo de su mundo interior para conversar frente al espejo, en el mundo subterráneo, donde las palabras están hechas de memoria, de nostalgia. Se han rasgado en ese viaje y han salido victoriosas.

La Corporación Educativa COMBOS apoya y celebra las palabras de las mujeres, pero sobre todo la fuerza y transformación en esas palabras de mujeres!

Las mujeres no estamos muertas  
sólo simulamos quietud al otro lado de la ausencia  
mientras escribimos la aurora de nuestra mismidad!

*Gloria María Bustamante*  
*Directora*  
*Corporación Educativa Combos*

## **Voces y silencios de mujeres trabajadoras**

Era necesario encontrar una forma de hacer visible el trabajo de las mujeres y que se reconocieran en el encuentro con su pasado, con sus historias de malos tratos y de exclusiones, pero también de búsquedas y de deseos de volver a empezar. Esto pretendía el primer ejercicio de escritura *Voces y silencios de mujeres trabajadoras*.

Se empezó con el deseo de escribir crónicas, pero las mujeres no tenían las herramientas periodísticas para hacerlo y con el apoyo de la periodista Patricia Nieto el proyecto tomó cuerpo a través de un seminario de capacitación para la escritura de testimonios.

*De su puño y letra* fue el primer nombre propuesto para el seminario, luego fue llamado *Voces y silencios*, algunas lo llamaron *voces del silencio*, otras lo recuerdan como *Voces silenciosas*. Todos estos nombres tenían el mismo significado: trabajo de mujeres.

La invitación tuvo acogida en diferentes regiones del país. Mujeres escritoras, periodistas, profesionales de las ciencias so-

ciales, educadoras, trabajadoras informales, sindicalistas, afrocolombianas, empleadas domésticas, vendedoras de la plaza, trabajadoras bancarias y de la confección, expresaron su deseo de participar en el proyecto, por lo que fue necesario limitar el número de participantes, y se decidió invitar a quienes no habían tenido la oportunidad de escribir.

El olor a campo, los sabores amargos y dulces, los sonidos y los ruidos, trajeron imágenes del trabajo infantil, de los sueños por tener una familia, los deseos por jugar con una muñeca y los recorridos por el Río Magdalena. También trajeron las imágenes de dolor de los esposos asesinados, las cajas de cartón llenas de endulzadas destruidas por los del espacio público y las exclusiones en el sindicato.

Así, se fueron llenando las páginas del nuevo cuaderno, de imágenes y de recuerdos. Algunas lágrimas empezaron a crear manchones que construían una nueva historia. ¡Era la hora de empezar a escribir las historias del trabajo de las mujeres!

Después del primer ejercicio de escritura vino la revisión por parte de tres expertas: Lina Martínez, de la Universidad de Antioquia, Consuelo Marín de Comfenalco y Carmen Elisa Chavez, de Vamos Mujer quienes se vincularon al proyecto, y con un cariño muy especial, les ayudaron a las jóvenes escritoras a revisar sus testimonios una y otra vez. Les formularon preguntas para completar sus textos y para traer esas imágenes significativas que se escondían en los escritos.

Llegaron también otros testimonios de mujeres trabajadoras de Urabá, del Quindío, de Santander y de algunos municipios de Antioquia. Las juradas Piedad Morales, de Mujeres que Crean, y Elissa Lister de la Universidad Nacional, leyeron cada uno de los 23 testimonios para definir los cinco más destacados por su calidad literaria, y otros cinco por la profundidad del relato.

Inicialmente, la intención era realizar un concurso y con el apoyo de Aurita López se pensó que esta experiencia no podía calificarse de concurso, era algo más que esto: un Homenaje a los testimonios de mujeres trabajadoras. Por esto, todas las mujeres que escribieron sus historias tuvieron un doble reconocimiento: a su aprendizaje, y a su esfuerzo por hacer visible sus experiencias dulces y amargas en el mundo del trabajo y reconocerse en ellas como mujeres autónomas, con capacidad para salir adelante y volver a empezar cada vez que es necesario.

La Corporación Combos y la Escuela Nacional Sindical expresan su reconocimiento a las mujeres trabajadoras que compartieron sus experiencias de trabajo, a las revisoras de los textos, a las jurados, a Aurita, a Patricia Valencia y a todo el equipo humano que estuvo al frente de este proceso, por su interés y dedicación para hacer posible este homenaje a la escritura de las mujeres trabajadoras.

*Margarita Inés Quiroz Arango  
Coordinadora del Área Mujer Trabajadora  
Escuela Nacional Sindical, 2006*

## **Acta de los jurados**

Las hay de varias edades, con historias y procedencias diferentes y diversas, tonos y estilos propios. Son veinticuatro las mujeres que participaron contando sus historias. Su relación con el trabajo, las cicatrices en el alma y en el cuerpo que va dejando la existencia, la sobrevivencia. Con ellas lees de basuras hechas miel y sal. Te hablan las niñas, las adolescentes, las madres, las abuelas, las amigas, las hermanas trabajadoras. Dan testimonio de la diferencia entre la vida y la vida digna, la vida sin violencias. Gracias, a las hoy celebradas y reconocidas, las mujeres participantes.

Es un buen comienzo. La voz de las mujeres deletrea el dolor y también los caminos de resistencia. Estos relatos son fuente testimonial de verdad histórica y social sobre las mujeres, el trabajo, la violencia y la esperanza. Tienen la virtud de nombrar bellamente, de hacer reír, oler y ver. Las participantes en su mayoría entendieron la intención y cada una a su manera nos legó a las otras mujeres y a la sociedad su historia.

## **Reconocimientos**

**María Patricia Molano**

**“¿Cómo me tocó empezar a trabajar? (La muñeca)”**

**(Testimonio de trabajadora informal)**

De manera fresca, sencilla, sin mucho recurso ni pretensión literaria, esta mujer logra narrar las cicatrices del abuso y la esclavitud, sin promover lástima y sin reclamar: da testimonio. Es su propia jardinera, relata, con las palabras necesarias, Patricia, la que desde niña sabe el valor de las muñecas y de la esperanza.

**Jael Maryori Betancur**

**“Memorias de un recorrido”**

**(Testimonio de trabajadora informal)**

Su testimonio rescata la alegría, el placer y la solidaridad que se tejen en medio de las precariedades, el trabajo de buscar la comida convertido en un juego de mujeres, niñas y niños. Buena jardinera, exquisita para leer, refrescante y sin excesos. Voz y palabra de largo aliento laten entre la poesía y la prosa que Maryori nos entrega con su verdad.

**Luz Mery Martínez**

**“Un atrevido ensayo”**

**(Testimonio de sindicalista)**

El relato nos cuenta de varias cosas que tienen que ver con la misma mujer, animosa, dispuesta, gustosa de la escritura. Recurre a formas narrativas para no dejar escapar ni un solo instante: Ella creciendo, ascendiendo desde la palabra y el testimonio del trabajo cotidiano convertido en medio para dar alegría y protección, para ser Luz Mery, la Madre Comunitaria.

**Gilma Montoya Gómez**

**“Viviendo” (Testimonio de educadora)**

Ella centra su mirada en lo que quiere escribir, de lo que quiere dar cuenta, lo que quiere testimoniar: las relaciones de género en la escuela, las soledades e incomprendiones de la docencia. El desgranarse la clase y el barrio entre las rendijas de las balas y la guerra que hacen el duelo, parte del trabajo. Gilma con voz propia.

**Teresita del Socorro Gallo:**

**“Sueño con zapatos para mi alma descalza”**

**(Testimonio de trabajadora informal)**

Ella da testimonio de lo inhóspito que puede ser el mundo para una mujer que trabaja de la niñez a la vejez, el estómago se te hace en nudos, sin embargo, el relato te atrapa, te convida a ir hasta el final con esta valiente, con esta guerrera cotidiana de la vida. Cuando se termina de leer es como si del texto manara una brisa de desahogo, de alivio interior. Gracias Teresita por tocar tan bellamente la memoria.

## **Menciones**

**Marta Cecilia Restrepo y Enith Tobón González:**

**“Ahora sí puedo contar”**

**Nohemy Silva Plata:**

**“Mi vida frente al trabajo y el estudio”**

**Luz Mery Hernández:**

**“Una mariposa con ganas de volar”**

**Lucina Rúa González:**

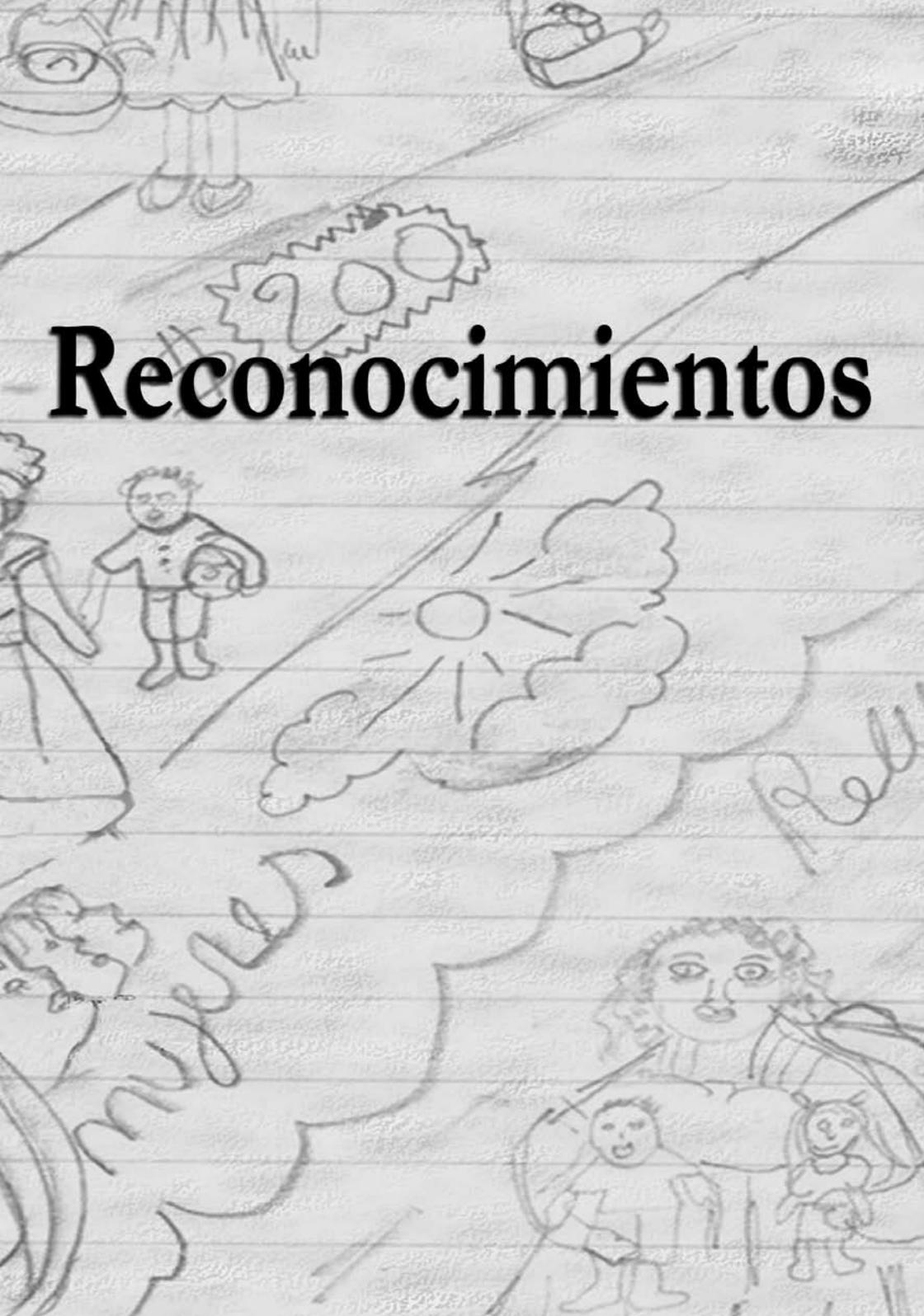
**“El trabajo en la calle, entre dulce y amargo”**

Estos cuatro trabajos no queremos dejar de mencionarlos porque reconocemos que existen en ellos riquezas desde el punto de vista del testimonio y también como esfuerzo escritural. Es un estímulo para que continúen trabajando sus relatos, haciendo de sus propias jardineras.

## **Las jurados**

**Piedad Morales**, escritora y poetiza, pertenece a Mujeres de Negro y a la Ruta Pacífica, actualmente trabaja en la Corporación Vamos Mujer.

**Elissa Lister**, profesora de historia y literatura en la escuela de estudios filosóficos y culturales en la facultad de ciencias humanas y económicas de la Universidad Nacional, sede Medellín, y este año ha estado como coordinadora de la cátedra Pedro Nel Gómez.



# Reconocimientos

## **¿Cómo me tocó empezar a trabajar?**

*María Patricia Molano*

Yo vivía con mi mamá y ocho hermanos en el barrio Trinidad, en el pasaje de Toño Peludo. Era una pieza pequeña con tres camitas de noventa cada una. La cocina era una pieza grande, con un poyo en forma de ele para el uso de todos los inquilinos. Había dos duchas y tres sanitarios ubicados en el pasillo que conducía a la pieza de nosotros. Allá mi mamá pagaba arriendo porque éramos muy pobres y no teníamos con que pagar una casa. Tampoco podíamos estudiar, pues éramos muchos hijos y mi papá no respondió por nosotros. A mi mamá le tocaba trabajar en el mismo barrio lavando ropa y todos los viernes y sábados trabajaba de camarera en el hotel la Alambra.

Yo era una niña trigueña, de ojos claros, cabello castaño oscuro y era tan delgada que todas las personas que me veían decían que estaba desnutrida.

Me gustaban mucho las muñecas pero nunca había tenido una. Recuerdo que me gustaba la de Marisol, una amiguita del barrio. Era una muñeca de cabello mono y lloraba cuando uno le apretaba el estomago.

Entonces, un día le dije a mi mamá delante de mi hermano Arley que quería tener una muñeca, pero mi hermano al escucharme me dijo: “¿Y es qué usted no sabe que cuando uno quiere tener algo tiene que trabajar?”. Yo le pregunté: “¿Y es qué a una niña de siete años si la dejan trabajar?”. Él me contestó: “Claro, a las niñas como usted las ponen de sirvientas en las casas de los ricos”. Pero como yo no sabía qué era una sirvienta, entonces me fui para donde mi mamá y le pregunté qué era una sirvienta y qué le tocaba hacer. Ella me explicó lo que era y lo que tenía que hacer, pero yo seguía pensando en tener mi muñeca.

Pasaron ocho días y yo siempre pensando en mi muñeca. Ya era domingo y en las horas de la tarde llegaron unas evangélicas a mi casa predicando la Biblia. Una de las señoras que estaban predicando le preguntó a mi mamá que si ella no sabía de una muchacha que quisiera trabajar en casas. La señora se llamaba doña Blanca. Entonces yo le pregunté: “Doña Blanca, no puede llevarme a mí”. Ella me dijo: “Usted está muy pequeña para trabajar”. Yo le contesté: “Pero es que a mí me dijeron que a las niñas si les daban trabajo y yo quiero trabajar para poder tener una muñeca”. Entonces, doña Blanca le dijo a mi mamá: “Doña Rita, usted si dejaría ir a Patricia a trabajar”. Mi mamá le contestó: “Pues con esta pobreza tan horrible apenas será, porque aquí nos toca aguantar mucha hambre y si la niña se va a trabajar ya no le va tocar aguantar hambre y me va poder ayudar a mí con alguna cosita”. Doña Blanca le respondió: “Entonces voy a hablar con la señora y mañana vuelvo a traer alguna razón”.

Doña Blanca volvió al otro día y me dijo: “Niña, la señora quiere que se la lleve para ensayarla y ver si usted es capaz con el trabajo”. Entonces yo cogí y empaque tres muditas de ropa y me fui con doña Blanca.

Bueno, llegamos al barrio Santa Gema. Un barrio de ricos. Era una casa muy bonita y muy grande. La fachada era en mármol amarillo. La acera también era en mármol y tenía dos jardinerías llenas de rosas rojas y matas de novios. La señora se llamaba doña Esther. Era alta, delgada, de cabello corto y muy elegante. Su aspecto y su voz gruesa me hicieron pensar que era muy malgeniada. En ese momento ella no me causó miedo, pero sí tenía miedo de trabajar fuera de mi casa. Cuando ella vio a doña Blanca le preguntó: “¿Dónde está la muchacha que usted me iba a traer para trabajar?”. Doña Blanca le dijo: “Es ella”. “¿Cuál?”, preguntó Esther. Entonces yo contesté: “Soy yo. Me llamo Patricia y tengo siete años”.

La señora se puso a mirarme de arriba abajo y me preguntó: “¿Y usted qué sabe hacer?”. Yo le contesté: “Yo se hacer sopa, arroz, sudaos, lavar, arreglar casa, planchar y regar matas”. La señora se sonrió y me dijo: “¿Y usted a qué horas estudia?”. Yo le respondí: “Yo no estudio”.

Entonces doña Esther le dijo a doña Blanca: “Déjemela yo la ensayo y el sábado a las tres de la tarde viene por ella. Doña Blanca le preguntó: “¿Y usted cuánto le va a pagar a la niña?”. Ella le contestó: “Le voy a pagar 150 pesos mensuales, pero si me amaño le subo un poquito más”.

Cuando doña Blanca se fue doña Esther me dijo: “Patricia, vamos yo le muestro su pieza, y para enseñarle que le toca hacer a usted”. La pieza era de tres por tres. Tenía un closet, una mesita, un baño de un metro y una cama con un colchón muy blandito y una cobija que me aterraba porque picaba mucho. Después me dijo: “Cámbiese de ropa”. Y me llevo para mostrarme toda la casa. La casa era de dos pisos, tenía cuatro baños, cinco alcobas, una sala, un comedor, una biblioteca, una antesala, dos patios y una cocina muy grande.

Bueno, ese día me explicó todo. Ya eran las cuatro de la tarde y la señora me dijo: “Primero va al segundo piso y me lava los baños de las niñas”. Las niñas eran dos mujeres de de 18 y 22 años. Yo me fui, lave los baños de arriba y luego baje a lavar los de abajo. A las siete de la noche terminé con los baños y la señora me dijo: “Patricia, los baños le quedaron muy bonitos. Póngase a lavar los patios”. Y yo me puse a lavar los patios. Terminé de lavarlos a las nueve de la noche. Entonces ella me dijo: “Venga coma para que arregle la cocina y se acueste”. Yo comí y arreglé la cocina. Ya eran las once de la noche. Entonces la señora me dijo: “Patricia se puede ir a dormir”.

Al otro día, la señora me despertó a las cuatro de la mañana y me dijo: “Patricia, báñese para que se ponga a prepararnos el desayuno. Yo me bañé y me puse una camisetita rosada y una faldita amarilla. Me fui para la cocina y empecé a preguntarle a doña Esther: “¿Y qué desayuno les preparo?”, y ella me iba diciendo lo que tenía que hacerle a cada uno de ellos. Eran las dos hijas, un hijo de 16 años, la señora y el señor.

Cuando terminé de preparar el desayuno para ellos me preparé el mío y me fui a sentar a la mesa con ellos a desayunar, pero doña Esther ahí mismo me dijo: “No, los pobres no se pueden sentar a la mesa con los patrones. Vaya a la cocina”. Yo me fui pensando: “Por qué será que no me puedo sentar allá con ellos”.

Entonces ella me dijo, que cuando acabara le arreglara la cocina, la casa, que me pusiera a hacer el almuerzo, el resto de los oficios y que alistara lo del algo y la comida. Yo me puse a hacer todo, pero cuando me sentía cansada, y la señora no me estaba viendo, me sentaba un rato.

Así ya llevaba tres meses y cada día el trabajo era más duro.

El señor y los hijos sólo me hablaban para pedirme el desayuno y el almuerzo, de resto me ignoraban. Yo me sentía muy aburrída. Durante esos tres meses doña Blanca iba todos los sábados por mí y me llevaba para mi casa y me regresaba todos los domingos a las siete de la noche. Pero cuando yo me iba para mi casa, yo le decía a mi mamá que yo estaba muy aburrída y no quería volver allá, pero mi mamá me decía que si yo no volvía no iba a tener la muñeca que yo quería, entonces yo pensaba en mi muñeca y me iba otra vez a trabajar.

Bueno, un miércoles doña Esther me dijo: “Patricia, hoy hay mucho trabajo porque viene mucha visita y todo tiene que estar muy impecable”. Yo me puse a hacer los oficios pero me sentía tan cansada, que en un descuido de la señora me recosté en mi cama y me quedé dormida. Doña Esther me estaba llamando y buscando por toda la casa, pero como yo estaba tan cansada seguí durmiendo, entonces ella se asomó a mi pieza y me encontró dormida. Le dio mucha rabia y cogió una tabla, me agarró del pelo y mientras me pegaba con la tabla me decía: “Maldita mocosa, usted cree que yo le estoy pagando para dormir. Vaya a trabajar perezosa”. Me aporreo mucho. Me hinchó los ojos, me sacó sangre de los pies y me reventó la boca.

Eso fue un miércoles y el sábado yo ya me podía ir sola para mi casa, pero la señora no me dejó salir porque todavía tenía la cara muy hinchada y los pies morados. Me puse a llorar. Lloré y Lloré mucho, y doña Esther me dijo: “Boba, deje de llorar que el otro fin de semana le voy a regalar la muñeca, pero usted no puede decirle a su mamá que yo le pego”.

A mí a veces me daban ganas de irme, pero yo nunca tenía plata porque la señora no me pagaba a mí, sino a doña Blanca,

entonces no me podía ir y tampoco podía comprar la muñeca. Pero yo pensaba que la señora ya no me iba a volver a pegar y que el fin de semana me iba a regalar la muñeca para que yo no le contara a mi mamá que ella me había pegado.

Llegó el sábado y ella no me regaló la muñeca y me dijo que el domingo, cuando regresara, me iba a dar la muñeca. Cuando llegué a mi casa no le conté a mi mamá que doña Esther me pegaba, pero le pregunté: “Mamá, todavía no me ha comprado la muñeca”, y ella me dijo que no.

El domingo cuando llegué al trabajo doña Esther tampoco me dio la muñeca. Cada día me trataba más mal y me ponía más oficio. Me tocaba trabajar desde las cuatro de la mañana hasta las once de la noche; además, me pagaba más.

Llevaba nueve meses trabajando en esa casa y la señora no me dejaba salir porque yo siempre me mantenía aporreada. Me tenía encerrada haciendo los oficios y todos los sábados me llevaba a trabajar a la finca de ellos que quedaba en Guarne. Era una finca muy grande, con una casa más grande que la de Santa Gema. Allá me tocaba ayudar en la cocina, lavar la casa y encerrar las gallinas.

Mi mamá al ver que yo ya no iba a la casa llamaba a la señora y le preguntaba por mí, pero ella le decía que yo estaba muy amañada, que no iba porque cada ocho días me llevaban a pasear a la finca, y nunca me pasaba al teléfono.

Así pasó el tiempo. Cerca de los diez meses yo estaba sola en la casa y me senté a almorzar en el comedor, en esas llegó doña Esther y me vio comiendo ahí, entonces me cogió y me pegó mucho y muy duro. Yo me puse a llorar. Lloré, lloré y lloré tanto, que el llanto me produjo mucha rabia. Yo sólo pensaba cómo volarme de allá. Quedé muy hinchada y muy morada. Esa

noche no comí y me acosté muy tarde.

Al otro día me levanté a las cuatro de la mañana. Me puse a hacer mi trabajo y a las tres de la tarde la señora salió. Cuando ella se fue para la calle cogí un florero grande, negro-azul, con unas flores pintadas alrededor. Ella nunca me lo dejaba limpiar, porque era una porcelana china que le había regalado su mamá. Entonces, apenas tuve el florero en la mano lo tire contra el piso. Recogí mis cositas y salí corriendo y llorando.

Al llegar a mi casa mi mamá me dijo: “Patricia, qué está haciendo aquí si no es sábado”. Me puse a llorar y a mostrarle todos los morados que tenía. También le conté todo lo que la señora me hacía: que me pegaba, me levantaba a las cuatro de la mañana y me ponía a trabajar hasta las once de la noche, y que yo no iba los sábados a la casa porque estaba aporreada. Mi mamá llamó a la señora y se puso a alegar con ella y le dijo que por qué no me había vuelto a pagar, que doña Blanca le había dicho que ella llevaba tres meses sin pagarme.

Al otro día mi mamá se fue para la casa de doña Esther y le dijo que le pagara. Ella le contestó: “Yo no le voy a pagar sino dos meses porque su hija me quebró un florero”. Mi mamá le dijo: “Bueno, págume los dos meses, y mi hija no vuelve más”.

Con la plata que doña Esther pagó, mi mamá se fue para el centro y me compró una muñeca. Cuando mi mamá llegó a mi casa yo le pregunté: “Mami, esa señora si le pagó?”, y ella me contestó: “Sí hija, ella me pagó y aquí está lo que tanto quería, su muñeca”. La muñeca era mediana, de ojos azules, labios rojos, cabello largo y negro. Tenía un vestido amarillo, zapatos y medias blancas. Cuando mi mamá me la entregó, lancé un suspiro y varios sollozos. Sentí un cosquilleo en todo mi cuerpo de la

alegría que me daba tener la muñeca en mis manos. Abracé a mi mamá y la besé, le recibí mi muñeca y salí a jugar mamacita con ella toda la tarde. A las nueve de la noche me acosté con mi muñeca.

Ésta es mi historia que ocurrió en el año 1971.

*¿Quién soy?*

Soy una mujer a la que le gustaría contar toda su historia, ya que con ella podría escribir no sólo unas páginas, sino un libro completo.

Aprendí a trabajar en la calle, en la plaza. Ahora aprendí a elaborar productos de aseo, los cuales vendo puerta a puerta. No me va muy bien, pero por lo menos nadie me está maltratando.

## Memorias de un recorrido

*Jael Maryori Betancur Sepúlveda*

En Medellín, una ciudad colorida y agitada en la que día a día ocurren miles de historias diferentes, vivo yo, una mujer de veinticinco años, que logró cambiar su destino. Y digo que logré cambiar mi destino, porque desde pequeña tuve sueños que eran vistos como lejanos e inalcanzables. Pero para empezar a contarles mi historia tengo que, necesariamente, remitirme a la infancia.

Debido a las necesidades de mi familia, pues no bastaba con lo poco o nada que mi padre aportaba, mi madre nos llevaba a hacer “recorridos”. Así llamaba ella a recorrer las plazas Minorista y de Campo Valdez, para recoger verduras y frutas que llevábamos a casa. A mi hermano mayor Melker, y a mí, nos tocaba acompañar a mamá y meternos dentro de los depósitos de basura y recolectar lo que los venteros desechaban, pero que nosotros podíamos aprovechar. Mi madre nos metía en las canecas, que a mí me parecían inmensas pues para esta época tenía solo seis años, y allí seleccionábamos y recogíamos todo lo que pudiéramos. Al terminar le tocábamos a mi mamá para que nos

sacara, y ella, que durante todo el tiempo había estado allí haciéndose la distraída —pues a todos tres nos avergonzaba lo que hacíamos—, nos retiraba con rapidez de dichas canecas.

Luego de recorrer toda la plaza terminábamos en unos contenedores donde se depositaban las basuras de toda la plaza. Estar allí ya no nos daba tanta pena porque nos encontrábamos con mas niños de nuestra edad y era como una fiesta, todo un juego. Recuerdo que en una ocasión el tanque estaba repleto de quesitos; recogimos en los costales hasta llenarlos y luego nos pusimos a jugar lanzándolos a los otros niños. Fue una verdadera guerra de quesitos, estos iban y venían, y lo único que se escuchaba eran nuestras risotadas, no había forma de escapar de tal diversión. ¡Se imaginan cómo llegamos oliendo a casa! Pero creo que para nosotros los olores desagradables de la basura eran olores cotidianos que ya no eran tan desagradables. Por ejemplo, el olor a fruta era un olor rico que se confundía con otros. El olor de los aguacates aun hoy me recuerda un buen cazado que nos hacía mi mamá: arepa caliente con aguacate; así estuviera en la basura y se confundiera con otros olores, a mí me trasportaba a la hora de llegada a casa.

Hacíamos un recorrido muy largo. Unos días en la Minorista y otros en Campo Valdés, siempre a las seis y media o siete de la mañana, para alcanzar a recoger lo suficiente antes de que llegara el carro de la basura, a eso de las diez de la mañana. Luego seguíamos nuestro camino hacia la casa, era un camino corto que se hacía largo con el peso de los costales, pero que valía realmente la pena porque al llegar a casa mamá nos preparaba dulces, jugos, postres y comidas deliciosas con las cosas que habíamos logrado conseguir. Estas mismas delicias se hacían para

vender y se preparaban de acuerdo con lo que había dejado el recorrido de cada día. Por ejemplo, con los quesitos mi mamá hizo buñuelos y arepas de queso; con las frutas hacía jugos, cremas, postres o las vendíamos menudeadas.

Mi hermano, un primo y yo salíamos a vender en el barrio. No era una cosa fácil, de hecho prefería el recorrido que vender. Al principio me daba mucha pena pero sabía que era una responsabilidad con mi mamá y mis hermanos más pequeños, pues con el dinero producido podíamos comprar las cosas que no se encontraban en las canecas de la basura.

Siempre, al regreso del “recorrido” que hacíamos en la Minorista, pasábamos por la Universidad de Antioquia. Yo le preguntaba a mi mamá que era ese sitio tan lindo y tan lleno de árboles, y ella se perdía recordando la historia de ese sector, “que antes era un bosque muy lindo y que había una laguna...” y recordaba parte de su adolescencia en esos sitios. Un día le dije —sí má, pero es que usted no me ha dicho que es este lugar—, y ella, finalmente, interrumpió sus recuerdos y me dijo que esa era la universidad. Siempre pasaba y aunque sabía que se llamaba la universidad, no sabía qué era, qué se hacía allí o si podría entrar a jugar. Me parecía un parque o un segundo Jardín Botánico, donde nos colábamos para no pagar la entrada, a disfrutar y miquear en los árboles, comer frutas, jugar a la mamacita y fantasear con la idea de vivir allí. Hasta que el cela nos pillaba y nos sacaba, no solo de ese sitio, sino de todo el sueño.

Un día no aguanté la curiosidad y le pregunté a un tío qué era ese sitio tan lindo al que mi mamá le llamaba universidad. Él, además de explicarme, me animó a seguir adelante con mis estudios para poder entrar allí. Desde ese momento y siempre que

pasaba por aquel sitio, pensaba que algún día yo entraría allí, a miquear en los árboles y estudiar para ayudarle a mi mamá. Para conseguir esto me tocó esforzarme y trabajar mucho, incluso ir en contra de las ideas de mi padre, lo que me implicó muchas peleas, hasta el punto de tener que irme a vivir con mi abuela materna, que también estaba dispuesta a ayudarme y me animaba a seguir adelante.

También obtuve la ayuda de mi abuela paterna. Ella me llevaba, los domingos cada quince días, a trabajar con ella en un bar en el sector de Tejelo. Una semana el turno era para mi hermano y la siguiente, para mí. Recuerdo que madrugábamos mucho para poder abrir el bar a las cuatro y media de la mañana. Yo me encargaba de lavar los pocillos, vasos, copas, y cucharitas tinteras durante toda la mañana. Allí podíamos disfrutar sus contemplaciones y las comidas deliciosas que nos preparaba y luego íbamos al matiné con unas boletas que nos daban en la escuela. Cuando era el turno de mi hermano de acompañar a la abuela, mi primo y yo íbamos por él hasta el bar. Melker, mi hermano, ya nos había enseñado cómo movernos, ir al centro, qué bus coger y cómo colarnos, dónde bajarnos, cómo llegar al bar y al cine, cómo defendernos de los grandes, y sí que eran grandes para nosotros con sólo siete u ocho años.

Sólo nos dejaban entrar a cine “en compañía de un adulto responsable” y por ello le pedíamos el favor a alguien para que dijera que veníamos a su lado. Al salir de la película, regresábamos al bar a almorzar antes de hacer un aseo general y esperar a mi abuela para regresar juntos a casa. Con el dinero ganado, mi abuela compraba comida para que le llevara a mi mamá y me daba unas moneditas para comprar un cono. Esto era suficiente

para mí. Hoy, entiendo por qué mi abuela me decía que me escondiera detrás de unas cajas de cerveza cuando llegaba la policía ¿se imaginan si me hubiesen encontrado allá alguna vez?

Hoy recuerdo que con estos trabajos, que antes no consideraba como tal, pude ayudar en mi hogar, a mi misma y terminar la primaria. Luego, ya en bachillerato, le ayudaba a mi mamá a vender panelitas y jugos, además de cuidar niños y hacer mandados, para continuar mis estudios.

Cuando salí de bachillerato, empecé a trabajar en una ebanistería puliendo muebles, era un lugar donde también trabajaban muchos primos y tíos. Era muy desgastante físicamente, porque para pulir muebles había que mover las manos constantemente desde las siete y media de la mañana hasta las seis y media de la tarde. Era una jornada larga durante la cual me tocaba manejar el acoso sexual del jefe, y que me pagara, cuando a él le pareciera, un salario que era una estafa. Eso sin contar con el machismo de mis compañeros, que siempre criticaban lo que hacía por el solo hecho de ser mujer. Por ejemplo, aprendí a tallar la madera y fue muy difícil que accedieran a enseñarme, porque consideraban que una mujer no tenía la fuerza necesaria para esta labor. Les demostré que tenía mucha capacidad para tallar cosas muy hermosas en madera.

Durante todo este periodo yo me presentaba una y otra vez a la Universidad de Antioquia, pero no pasaba. Así que empecé a estudiar en el Sena, maquina plana y fileteadora para aprender otro oficio y renunciar a mi trabajo como pulidora y aseadora. Estando aún en el Sena pasé a la universidad. No se cómo describir la felicidad tan grande que sentí, fue como si se me abrieran todas las puertas al cielo. Mi familia se preocupó inmediatamente

te por los gastos que iba a tener y en cómo iba a pagarlos, yo les contestaba que no importaba, que así fuera vendiendo collares o artesanías yo lograría graduarme y emplearme en lo que estudiara.

Fue así como empecé a estudiar en el 2001 y como el trabajo que tenía exigía mucho tiempo, renuncié y empecé nuevamente a cuidar niños para poder sostenerme en la universidad. No era que me implicara una millonada, porque menos mal ingrese a una universidad pública y, pese a los gastos, me pude sostener. Cuando aún estaba en el primer semestre me empleé como educadora familiar en mi barrio (Moravia) con el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, en un programa dirigido a familias en condiciones precarias de los barrios periféricos de Medellín. Esta experiencia me sirvió mucho para contrastar lo que me han enseñado en la universidad con las realidades de la población. Después de éste he logrado conseguir empleo en otros proyectos de corta duración en la universidad, además de adelantar otras labores de apoyo en investigación como la transcripción de cassettes, la digitación de informes, aplicación de encuestas y realización de observaciones no participantes.

Es así como mi gran sueño de infancia está por realizarse, estoy haciendo mis prácticas académicas y me faltan cerca de ocho meses para graduarme. Ya sé que se puede hacer allí, y no crean que no miqueo en los árboles de mango de la universidad, hasta me llevo un salero para recordar viejas épocas en el Jardín Botánico. Hoy miro el sendero por la entrada de Ferrocarril antes de llegar a Barranquilla y me transporto en el tiempo, hasta la época de aquellos inolvidables recorridos en los que yo construía sueños.

¡Por fin voy a ser una egresada de la universidad que me inquietó desde la infancia!

¿Quién soy?

Yo soy Jael Maryori Betancur Sepúlveda, una mujer a la que vivir en Moravia (barrio de la ciudad de Medellín) le ha abierto las puertas, porque además de aprovechar las posibilidades que la cercanía a todo le ofrece, la situación de su barrio la ha impulsado y mostrado un camino claro para tomar decisiones de gran importancia en la vida.

Soy una mujer con grandes sueños que ha trabajado duro para ir avanzando en la consecución de ellos. Aunque en ocasiones la desesperanza me invade, el recuerdo de la tenacidad de mi madre me centra de nuevo en mis metas y me da la fortaleza para seguir adelante.

Siempre me ha gustado estudiar y me encanta el olor a útiles nuevos; a lápiz, cuaderno, borrador, libros y aunque parezca raro, me gusta el olor a basura por todo lo que este olor mueve en mi memoria.

## Un atrevido ensayo

*Luz Mery Martínez Osorno*

Hoy es primero de junio y, al despertarme, llegan a mi mente los recuerdos de aquel primero de junio de 1994, cuando comencé a ser la que soy. Recibiría en mi casa quince niños y niñas, me llevarían algo de mercado y algo de juguetes, pero no sabía más. Ni siquiera qué haría con estos infantes casi acabados de nacer.

Recuerdo que un día de mayo de 1994, estaba en casa con mis dos hijos, sus primos y unos amiguitos. Ellos me pidieron permiso para jugar con las tablas de sus camas, según ellos al ferrocarril, a mí me pareció bien siempre y cuando se comprometieran a bajar y subir ellos mismos los colchones y luego organizaran la casa. De pronto sonó el timbre muy insistentemente, pues había comenzado a caer un fuerte aguacero, y cuando abrí la puerta era mi amiga Luisa María y su compañera Yamile, quienes pasaban por allí y querían guarecerse del agua. Luisa era mi compañera y amiga del colegio, a quien no veía hacía varios años, quizás desde que nació Mauricio mi hijo menor quien

en ese momento ya tenía tres años. Nos trenzamos en un fuerte abrazo e iniciamos una alegre conversación:

— ¿Cuántos años han pasado amiga y que felicidad verte de nuevo? ¿Qué te trae hoy por acá?

— Pasaba por aquí, cuando comenzó a llover y decidí entrar a saludarte; pero veo que estás muy bien —mirando con cierta sonrisa aquel revolvedero de casa.

Enseguida hizo varias preguntas a los niños mientras yo me dirigía a la cocina a prepararles algo de tomar.

— ¿Qué están haciendo? ¿A qué están jugando? ¿Por qué no me invitan?

A lo que los niños respondieron — Estamos jugando al ferrocarril.

— ¿Y su mamá los deja? —insistió Luisa mientras ellos respondían afirmativamente.

Aquella escena iluminó las mentes de mi amiga y su compañera quienes se miraron con entusiasmo, quizá pensando “esta puede servirnos”. En ese momento regresé de la cocina y mi amiga Luisa me abordó con una pregunta que me cogió por sorpresa.

— Y cuéntame... ¿Qué estás haciendo ahora? ¿En qué estás trabajando?

— Me decidí a ser sólo ama de casa y madre desde hace dos años cuando me echaron de la empresa, el día que cumplí nueve años. Tú sabes que no nos dejaban llegar a los diez años y aunque el dinero me hacía mucha falta, sabes cómo son los gastos de una casa, he decidido quedarme a ser sólo mamá y cuidar los niños.

— ¿Y por qué no pones una guardería?

— ¿Y qué es eso? —Le pregunté.

Ella me respondió. — Yo te traigo el mercado y unos juguetes y tú recoges quince niños y niñas de este sector y los traes a tu casa para atenderlos de 8 de la mañana a 4 de la tarde.

— ¿Y yo qué hago con todos esos niños, todo el día?

— Juegas con ellos y les preparas el almuerzo y dos refrigerios.

— ¡Qué responsabilidad! —le respondí, —Si apenas estoy aprendiendo a ser mamá.

— No importa con eso es suficiente —me respondió.

No puedo negarlo, en ese primer momento la idea me sonó pero también me asustó, en fin... le respondí a Luisa —Déjame pensarlo y yo te aviso.

— Pero que sea pronto, para ver si es posible que comiences en junio.

Mi amiga se despidió con la expectativa de que le recibiría la guardería. Ella era la representante legal de una asociación de Bello y necesitaba reubicar cuatro hogares comunitarios.

Un tiempo después, ya llevaba tres años trabajando en el hogar comunitario de una manera empírica. Cabe agregar que las compañeras fundadoras del programa también lo hacían de esta manera. Estamos hablando de que mis antecesoras me llevaban cinco o seis años y que nunca habían recibido capacitación al respecto. En ese momento comenzamos un proceso de cualificación para darles mejor atención a los niños y niñas. En el hogar comunitario los infantes deben recibir una atención integral es decir física, psicológica y pedagógica y por eso iniciamos un ciclo de capacitaciones.

El primero de los temas estudiados fue la escala de valoración cualitativa y psicológica del niño, y en esto trabajamos más o menos seis meses. Este trabajo nos llevaba a la elaboración

del perfil individual de cada niño. Luego un perfil grupal con el fin de encontrar los indicadores de desarrollo con los cuales se necesita trabajar en la elaboración de una planeación mensual que incluye tres temas: primero, selección de indicadores de la escala de valoración; segundo, selección de aspectos de la ficha integral y tercero, temas de la vida cotidiana. Luego pasamos a la planeación de actividades diarias para todo el mes y es así como logramos que los niños y niñas avancen en su desarrollo.

Este proceso tuvo una duración de tres años y es ahora cuando somos realmente madres comunitarias, porque además, no solo preparamos la alimentación de los niños, y realizamos actividades resaltando seis momentos pedagógicos importantes para su desarrollo, sino que también trabajamos con padres y madres usuarias.

Estando en este proceso, un día se presentó una madre comunitaria de otra asociación solicitando un espacio de quince minutos para hablarnos del sindicato. Me interesé bastante ya que siempre estuve muy inquieta por saber cómo y dónde nacieron los hogares comunitarios, quiénes eran nuestros jefes, el porqué nosotras no firmábamos contrato laboral, por qué no nos pagaban el salario mínimo, todos estos temas que eran propios del sistema laboral y del cual no sabía nada. Di entonces el primer paso, me afilié al Sindicato Nacional de Trabajadoras al Cuidado de la Infancia en Hogares de Bienestar, Sintracihobi.

Había pasado un año escaso de haberme afiliado al sindicato cuando se realizó la asamblea general, allí me postularon para la junta directiva y fui aceptada como secretaria. Entre tanto, en la asociación me eligieron como tesorera. Estos dos cargos me estaban sirviendo para conocer los lineamientos importantes para mi trabajo en la guardería y para el conocimiento de mis

derechos y los de mis compañeras. En ese momento la situación se estaba poniendo muy difícil para las madres comunitarias quienes eran sometidas a muchas presiones y acoso por parte de los funcionarios.

Claro, ya habían pasado más o menos doce años desde que había nacido el programa y yo llevaba entre seis y siete años. Muchas de las madres comunitarias apenas sabían leer y escribir, y otras ni eso. A ellas cuando les ofrecieron ser madres comunitarias sólo les dijeron que consiguieran quince niños y niñas, para cuidar en sus casas y cuidar sus propios hijos y así le colaboraban a otras para que salieran a trabajar. Pero esto ya no era suficiente. Aunque a los niños y niñas se les dé mucho amor, si no se planea, no se hace escuela de padres o no se lleva un registro de asistencia, el hogar comunitario puede ser cerrado sin segundas oportunidades. Esto motivó que las madres llamaran frecuentemente al sindicato en busca de ayuda, pero el mismo sindicato ignoraba cómo hacerlo. Fue así como me di a la tarea de consultar sobre las causales de seguimiento y cierre de un hogar comunitario y me encontré por primera vez con el Acuerdo 050 del ICBF, con el cual amenazaban constantemente a las madres comunitarias. Generalmente se interpretaba a conveniencia del funcionario, y más grave aún, lo reformaban para amenazar y presionar a las madres comunitarias.

Todos estos problemas y denuncias me fueron causando dificultades, a tal punto que me convertí en el ojo del huracán, es decir, en el objetivo de los funcionarios para cerrar el hogar, ya que me había convertido en un problema. En noviembre de 2004 pedí permiso a mi representante legal, quien realmente era mi jefe, para asistir al IV Congreso de la Mujer Trabajadora en Bogotá. Inicialmente creí que me habían dado el permiso de

muy buena fe, máxime cuando yo me había comprometido con la atención a los niños y niñas, dejando una madre de apoyo para que les atendiera no sólo con la alimentación. A sabiendas de mi ausencia, la representante se presentó en mi casa acompañada por la coordinadora para revisar mi hogar. Cuando llegó a la casa le pidió a la madre de apoyo toda clase de documentos que sólo le conciernen a la madre comunitaria titular. Pero las cosas no terminaron allí, a eso de las 2:30 del mismo día, se presentó también la asesora del ICBF a revisar mi hogar, con el cuento de que había recibido una queja. No está por demás decir que lo hizo de manera agresiva, pero con lo que ella no contaba era que mi hijo Cristián Camilo no la iba a dejar entrar. ¿Cómo lo iba a hacer si esta señora le dio una orden?

— Ábrame la puerta que yo soy la funcionaria del Instituto

A lo que mi hijo le respondió. — Lo siento pero mi mamá no está y yo no estoy autorizado para dejar entrar a nadie. — Esta respuesta enfureció a la asesora y de inmediato se dirigió donde mi hermana.

— Lucy, vení que el hijo de Mery no me deja entrar.

Cuál no sería su sorpresa cuando ésta le respondió. — Esa es la casa de ella y yo no puedo llegar como Pedro por su casa dando ordenes.

La asesora le respondió — Es que necesito dejarle una nota.

A lo que mi hermana le respondió — Si quieres déjasela conmigo que yo con mucho gusto se la entrego cuando regrese. — Finalmente la asesora se fue furiosa sin despedirse.

Horas mas tarde llegué de mi viaje y me encontré con semejante situación, no puedo negar que me asusté. Claro, ya me había enamorado de mis trabajos y me estaba enfrentando a un

reto, demostrarle a la asesora que las cosas no eran como ella pensaba. Yo estaba segura de estar haciendo las cosas bien; tanto, que todos los días llamaba hasta dos veces para preguntar por los niños, cuántos habían llegado y cómo se estaban portando, si habían hecho el trabajo y si les había gustado. Esta era mi preocupación constante.

Después de todo lo sucedido ese día se presentó nuevamente la representante legal para hacer supervisión y me dejó unas recomendaciones respecto a la visita del cuatro. También me explicó que la asesora le había exigido que si no me cerraba el hogar ella misma cerraría el suyo. Yo no entendía qué pasaba, pero, por lo pronto y para curarme en salud, le escribí una queja a la coordinadora del centro zonal explicándole todo lo sucedido. El día 4 de diciembre fuimos citadas al ICBF mi representante y yo para rendir testimonio ante un defensor de familia. El 21 de diciembre fui citada nuevamente al ICBF por esta misma situación, pero como ya estábamos en vacaciones no asistí, pero para el 19 de enero del año siguiente me citaron nuevamente para una reunión entre la coordinadora del centro zonal, la asesora, una compañera del sindicato y yo, para hacer un recuento de todo lo sucedido. Solo hablamos la asesora y yo, y ella terminó diciendo que todo lo sucedido había sido planeado por la representante. Claro ella no estaba presente en ese momento y nada más cómo do que culpar al ausente.

Así pasó un año más, hasta que se realizó nuevamente la asamblea general en la cual fui elegida presidenta de la seccional para un periodo de dos años durante los cuales se me presentó la oportunidad de hacer un diplomado en Salud y Trabajo con la Facultad de Salud Pública de la Universidad de Antioquia y la Escuela Nacional Sindical. Al año siguiente realicé otro en Dere-

cho Internacional del Trabajo con la Universidad Autónoma Latinoamericana y la Escuela Nacional Sindical, y aunque aprendí mucho aún no recibo el diploma porque mi meta es realizar, para mi trabajo de grado, una denuncia a la OIT sobre el reconocimiento de las madres comunitarias como trabajadoras.

Así como tenía dificultades en la guardería, mi vida de pareja también se estaba complicando. Es decir, que si afuera llovía adentro no escampaba. Debido a tantas salidas mi esposo se molestó y, a partir del último viernes de un enero, estuvimos la mayor parte del año sin hablarnos. Yo no quería perder mi matrimonio y a mediados del mes de octubre del mismo año le pedí que habláramos. En esta conversación le hice entender que lo quería mucho, pero que también me quería a mí misma y lo que estaba haciendo me gustaba y no estaba dispuesta a dejarlo por nada ni por nadie. Que yo necesitaba espacio para realizar lo que me había propuesto, que nosotras las madres tenemos derechos para reivindicar y yo me venía preparando para intentar hacerlos valer ya que los funcionarios se estaban aprovechando de nuestro desconocimiento. Ante esta definitiva él me respondió que le diera una semana para pensarlo o buscar para dónde irse. Yo le respondí que hiciera lo que tenía que hacer, pero que yo no quería que se fuera. Luego de una semana yo no recibía respuesta por lo que decidí callar y no torear más dificultades. Hoy, varios años después, continuamos viviendo juntos y quizás mejor que nunca, ya que aprendimos a respetar nuestros propios espacios.

Con todas las dificultades que he tenido también he tenido muchas satisfacciones. Una de ellas es cuando llegan los niños por la mañana con sus caritas alegres y saludando “buenos días, profe”. Generalmente los invito a hacer un círculo y a que hagamos un globito que inflamamos y desinflamamos varias veces. Este es

un juego que les encanta. No importa si lo hacemos lento o rápido. Luego contamos cuántos llegaron y quién faltó, y después los invito a orar y a dar gracias al Niño Jesús por habernos permitido venir, porque estamos sanos, porque tenemos papás y mamás que nos quieren, por todas las razones que ellos elijan. Posteriormente tomamos la media mañana que ellos consumen con agrado y rapidito. Mientras organizo la cocina ellos juegan y cuando les digo vamos a trabajar ellos corren a preguntar por la actividad del día. Por ejemplo, un día digo “vamos a realizar un trabajo mágico, vamos a descubrir cómo nace el color anaranjado”. En una hoja de papel regamos vinilos rojo y amarillo, y les pido que identifiquen los colores, aunque trato de confundirlos ellos afirman con seguridad “profe es que usted no sabe” o “a usted se le olvidó”. Ellos mezclan los colores y cuándo les pregunto “¿qué pasó?” ellos expresan “profe salió el color anaranjado”. Cada uno lo va descubriendo y, entonces, comparan los diferentes tonos antes de poner a secar los trabajos y organizar el espacio.

Luego de eso, en un día normal, los dejo jugar libremente mientras me dispongo a dar los últimos toques al almuerzo como sazonar la sopa, preparar la ensalada, freír las tajadas y hacer el jugo. Los invito luego a organizar el comedor mientras sirvo el almuerzo y allí les cuento qué vamos a comer y para qué nos sirve. Aprovecho ese momento para enseñarles cosas como lavarse las manos antes de comer o no hablar con la boca llena... Después del almuerzo los invito a reposar durante unos minutos para que no se vomiten y para que el organismo pueda aprovechar la mayor cantidad de nutrientes. Mientras tanto organizo la cocina y termino de preparar el algo o refrigerio de la tarde.

Por la tarde también realizamos alguna actividad. Por ejemplo, si por la mañana descubrimos el color anaranjado, ahora

buscamos en el espacio objetos de ese color. Luego nos sentamos y cada uno colorea o decora una zanahoria pintada en una hoja de papel. Entre tanto el tiempo pasa y llega la hora del refrigerio. Después de tomarlo, organizamos el hogar, recogemos las basuras, las sillas y todo el desorden para dejar el espacio como lo encontramos. Nos cepillamos los dientes, lavamos las manos y la cara, nos amarramos los zapatos, organizamos el cabello y evaluamos como nos sentimos en el día. Generalmente les pregunto si les gustó lo que aprendieron y los animo para volver al día siguiente. A veces les pido tareas y muchas veces no las traen porque los padres no les hacen caso.

Soy una madre comunitaria con doce años de trabajo. He sido sometida a supervisiones y dos visitas de estándares de calidad en los cuales he sacado 88% y 97% respectivamente. Sigo siendo una esposa feliz porque mi esposo y mis hijos aprendieron a respetar mi espacio. Yo continúo estudiando, capacitándome y apoyando las madres comunitarias cuando lo requieren, pero exigiéndoles calidad en beneficio de los niños y niñas de este país, quienes fueron, en últimas, los que me motivaron a realizar este atrevido y maravilloso ensayo, por ellos estoy dispuesta a luchar contra viento y marea.

¿Quién soy?

Mi nombre es Luz Mery Martínez Osorno. Madre comunitaria desde hace 12 años y sindicalista desde hace 7. Terminé bachillerato en el colegio de la salle de Bello y estude 4 semestres de programación de computadores en el Cesde y en la Universidad Autónoma un Diplomado en Derecho Internacional Laboral. Soy también Conciliadora en Equidad de la Casa de Justicia de Bello.

Estoy casada desde hace 21 años con John Jairo Muñoz E, con quien tengo dos hijos. Cristian Camilo Muñoz Martínez tiene 20 años y estudia cuarto semestre de Tecnología en Informática y Mauricio Muñoz Martínez tiene 18 años y estudia cuarto semestre de Tecnología en Electrónica. Ambos estudian en la Universidad minuto de Dios.

## Viviendo

*Gilma Montoya Gómez*

Nos encontrábamos sentadas en un semicírculo; después de llevar 10 minutos de estar riéndonos del mundo con intervalos de desgano e intensidad, cualquiera preguntó:

— ¿Y vos qué vas a ser cuando salgás de once?

— Profesora de filosofía, —respondí con una seguridad pasmosa, como leyendo un destino impreso en algún lugar.

Otros veinte minutos, sólo que el orden ya no era el mismo, primero fue la intensidad y el desgano terminó por cerrar el círculo.

El panorama no parecía muy despejado: vender ropa interior, trabajar jornadas extenuantes en distintos almacenes de la ciudad, tatuarse las piernas con unas cuantas vórices, ofrecer productos vegetarianos, servirle de auxiliar a la auxiliar de contabilidad, hacer una que otra maraña hasta convertirme en ratera (léase: trabajadora a ratos), para poder financiarme una carrera en una universidad que se declaraba semipública pero cobraba como semiprivada.

Después de estar adentro, el negocio empezó con el tráfico del conocimiento, donde mis compañeros maestros pagaban por

la producción, comercialización y consumo de cualquier ensayo coherente.

Primer día de trabajo como profesional legalmente remunerada: Un sudor frío se agolpa en el cerebro, le envía mensajes terroríficos al pecho, encauza un viento poroso por el intestino y termino helada en el retrete. Una ofensa para la madurez intelectual de este país. Cinco días releendo lo que voy a decir: importancia de la filosofía, contexto social en que aparece, incidencia en la vida cotidiana, relación con otras ciencias.

Cincuenta y siete alumnos, 3a hora en 10 S, ¡Diablos, no pensé que fueran tantos!

Inicio como estaba planeado, una presentación exhaustiva con especial énfasis en mi colección de títulos. Ahora la pertinencia de la filosofía en el mundo contemporáneo, 300 segundos de profundas exhortaciones para darme cuenta de que nadie me estaba escuchando. Unos oían música con sus audífonos, otros se molestaban entre sí, se reían a mandíbula batiente.

¡Muchachos... por favor silencio! Primera frase en mi bautizo de ingreso al magisterio.

Los presocráticos, los clásicos griegos.

— Profe, y eso ¿para qué sirve?

— Ellos sentaron las bases del pensamiento occidental.

— Profe, hablemos, contemos anécdotas.

— Sus planteamientos todavía están vigentes.

— Profe, una dinámica.

— Nos dan pistas para una vida plena.

— Profe, a Marcela ya le cogieron la vena... ¿O no sabía que está en embarazo?

Cronograma de actividades, reuniones urgentes, vitales en la planeación académica que definen el norte institucional: los

aseos, las carteleras, dos horas para designar dónde se ubicarán unas escobas, qué va a pasar con el insufrible de once, y la profe que no saluda, el rector que no contesta, al coordinador que no le importa, el personero que no cumple. Sandra que sigue botando la leche del refrigerio...

— Profe, a esos muchachos les falta más manito dura.

— Profe, ¿por qué puso a leer el anticristo? Profesora no debemos dar permiso para ir al baño en clases, uno nunca sabe. Es indispensable que de ahora en adelante todos hablemos en este colegio el mismo lenguaje...

Una infinitesimal comunidad, dejó de ser una República Independiente para convertirse en la tuerca de un Bulldozer que dejó de precisarla. Llegó la guerra, y vino anunciándoles a todos que debían dejar de sentirse seguros, que no hay forma de escapar al hedor en medio de una cloaca. Y no hubo material para tapar todas las hendijas por donde entrarían las balas. De una manera inicialmente tibia, luego amenazante y por último arrolladora nos abrazó a todos. Empezaron los vecinos, uno, dos, tres; después los amigos, los novios y novias de los alumnos. Como la pelona no respeta pinta, invadió los portarretratos y sacó de allí al miembro menor de la familia. Sólo quedaron los desterritorializados, los que no encontraron otra ciudad que les diera abrigo y las habitaciones vacías, el miedo del brazo de la soledad tongoniándose por las calles.

Vienen las convulsiones interiores ¿Sí valdrá la pena salir un día con los ojos de vidrio y el cuerpo teñido de una palidez cristalina?

— ¡Manuel Alejandro Vélez! Pro. También se fue del barrio. Quién iba a creer que el carebonito de once era de un combo, no y esa pingüita de sexto.

— Profe, los mellizos también se fueron. Serían quince, tal vez diecisiete de la lista que no alcanzaron a concluir sus cuadernos.

El Bulldozer había cumplido su misión, quien no fue devorado por la tierra, terminó dormido, seguía caminando, recuperó su casa, pudo volver a matricularse pero siguió dormido.

Una guerra menos declarada, más trajeada de decretos y discursos empezó a perfilarse hacia el maestro. Como una encíclica papal cuyo eco retumbaba en las iglesias, los medios empezaron:

“Y no serás jubilado a los cincuenta años de edad”. “Y te serán rebajadas tus vacaciones”.

“Y trabajarás más horas devengando el mismo sueldo”. “Y te será eliminado el régimen especial”.

Los anuncios del papa empezaron a cumplirse. Docentes en el ojo del huracán serán cuestionados, juzgados y condenados por llevar la educación de éste país a las profundidades del abismo”. Acusados de ser los subversivos del estómago, los anacrónicos, los dinosaurios, los repetitivos, los castradores de la imaginación, los amargados, los ineptos.

Empiezan a ser reemplazados por gerentes educativos que estucan su cuerpo con la cal fresca de la tiza y se disponen a apretarte. Ojo con las llegadas tarde. Pilas con desescolarizar. No se duerman con el diario de campo. No le roben tiempo a los muchachos.

De nuevo los terremotos interiores, las preguntas, ese sabor a derrota debajo de la lengua.

— Rector, estoy cansada.

— Te creo. Todos estamos cansados.

— Rector, es que estoy particularmente cansada.

— En este país todos estamos particularmente cansados.

— Usted no me entiende. Yo estoy patológicamente cansada.

— No creo que haya EPS que te incapacite apenas porque estás cansada.

— Es sólo por darle un nombre, es más bien un desaliento aplastante, una desesperanza esquizoide, de pronto un vacío senil prematuro.

— Mucha poesía, pero ninguna evidencia, anda para que te manden droguita para relajarte y nos vemos el lunes.

— Tal vez rector, tal vez.

## **Sueño con zapatos para mi alma descalza**

*Teresita del Socorro Gallo Suescum*

Mañana calurosa, ella mira al firmamento, el sol le llega de lleno desde la bóveda celeste, completamente azul, ni la más leve brisa... en el calor infernal el sudor corre sin prisa por su rostro, un poco ajado, mecánicamente lleva la mano debajo de la camiseta blanca y, sin importarle mucho, se limpia el triste y cansado rostro; ante ella pasan mujeres, niños ancianos... da la impresión de que ella es invisible o los que pasan son ciegos y sordos, cada quien va sumergido en su propio calor, su propia prisa. Su mirada recorre lo que la rodea, ve el contraste del pavimento con las puertas de las casas y edificios pintadas de colores rojos, amarillos, verdes, brillantes, hacen juego con los carros que pasan, grandes, pequeños, bonitos, otros no tanto; uno de ellos lo conduce una dama encopetada, estrato ocho o diez, por las ventanillas de la parte trasera asoman las graciosas cabezas dos perros blancos como las nubes que le hacen falta al firmamento, la mirada de ella se posa en las bien cuidadas patas de aquellos pasajeros, el pensamiento veloz la lleva a sus cansados

pies, hinchados por el calor y la caminata. Las viejas sandalias le tallan, los animales la observan con cierto interés y ella, impotente, siente un poco de envidia.

El semáforo cambia y el lujoso carro se aleja, ella carga al hombro seis trapeadores que vocea, pero su grito se pierde entre tanto ruido, reguetón, niños, motores de carros, ese taladro que levanta lo poco que queda del pavimento y, ¡para colmo!, una gran caneca llena de brea caliente en el fogón improvisado con leños. Así, en ese caos, ella agiliza el paso pues debe llegar a casa y como ha hecho venta, comprará algo para darle de comer a los tres nietos huérfanos... Eso la anima y cambia al hombro izquierdo las traperas, aunque hoy, parece que el bullicio y el calor fueran cómplices de los recuerdos que pesan en el alma, y su mercancía lastima, le duele la oreja, la nuca y el brazo, no se ha podido acostumbrar a cuatro o cinco kilos de peso y lo difícil que es acomodar los palos a pesar de estar amarrados con las mismas tiras de lycra verde chillón.

Un recuerdo la asalta, esboza una sonrisa tenue, el rostro se ilumina un poco, no puede olvidar la pena que pasó con la monjita de la fundación cuando, llena de felicidad le comentó “¡estoy haciendo traperas en la casa!, para no dejar los niños solos, tan recién muerto el papá y la hija sin trabajo”; le compró cuatro, las mismas que le devolvió a los ocho días, desbaratadas, ¡qué vergüenza!, pero como dicen *no hay mal que por bien no venga*, la monjita le recibió los dos niños pequeños en la fundación.

Se acomoda la gorra y palpa el bolsillo trasero del pantalón Capri, lleva cuatro mil pesos, ya se hizo el día. El camino de regreso a casa es muy empinado, se le hace difícil respirar, busca donde descansar y la atrae un frondoso árbol del que han caído grandes flores rojas, con bordes rizados y amarillos, dispersas

por el viento y mutiladas dejan ver vejiguitas de terciopelo de color café verdoso, aprieta una... y otra, sale agua y mecánicamente se frota los dedos. Cuando el árbol está lleno de flores la esquina parece gritar ¡alto, mírenme, no pasen de largo, estoy aquí! “¿Qué haces aquí?” Es un muchacho fornido, musculoso, de esos que hacen mucho deporte. “¿Cómo te va con los traperos?” Ella se anima y le dice “sentáte aquí cerca de mí y te cuento, vos sabés que son muy buenas y duran mucho pero no vendo en las tiendas, por eso de no tener capital me toca casiarlas y ofrecerlas a mis amistades”. “¿Pero siempre vendés?”. “Claro. Hoy vendí una y fié otra, vos sabés, si no es así, no se amarra al cliente, aunque a veces se pierde el trapero y la amistad con la clienta”. “¿Te acordás cuando me enseñaste? Aún conservo los chacitos que clavé en la sala de extremo a extremo, amarraba la tira de lycra y empezaba a hacer la lazada... Tu cuarta no es la misma que la mía, entonces le ponía una cuarta más para que me diera la medida.

En la parte de abajo del palo diez centímetros más o menos al encabarla, ¡hay amigo!, aquí entre nos, mirame las manos, las tijeras casi me trozan los dedos. ¿Y qué te parecen los machacones con el martillo? Esos me hicieron ir al mismísimo infierno del dolor”, “A mí me pasó lo mismo”. “Pero ¿sabés?, lo que más difícil me parece es ir *al hueco* a comprar el material, vos sabés que plata para taxi no hay; me toca cargar los bultos de pabilo y la tira en medio de esa indigencia tan brutal, viendo por todas partes a esos hombres y mujeres, a los que les dicen los *ñeros*, esos pobres cargan un zoológico en las enmarañadas cabezas, me dan miedo, tristeza... o no se qué... ¿Qué te parece la traída hasta acá?” Ríe, ja, ja, ja. “Hay que ser sumisa con el conductor del bus, poner cara de tristeza, acomodar la voz para que suene

a lamento y le digo ¿oiga señor, me deja subir por la puerta de atrás este bultito? Diez o quince kilos, el hombre condolido dice ¡Hágale pues cucha, pero rápido y para que eso no estorbe me paga el pasaje doble y lo acomoda en el asiento!

¡Ah, qué lucha! A veces alguna persona me pide un trapero y le tengo que mentir, que no tengo tiempo o que estoy enferma y ¿sabés por qué?, porque me descapitalicé sencillamente, merqué lo poco que pude: arroz, panela, frijol, chocolate, porque no alcanza para más. Como ves, me comí *el plante* y no me sale pagar dos mil pesos de pasajes para ir al centro. No puedo comprar para uno o dos traperos. Vos sabés que ese material lo venden kiliado. ¿Me entendés? ¡Hay mi querido! No sabés lo mejor. Después de la vergüenza que pasé con la monjita”. “¿Cuál?” “Cuando se me desbarataron los traperos me vi obligada a cambiar el método que me enseñaste. Me fui a donde hacen los traperos en *el hueco*, y como no tenía plata para comprar esa máquina, como las que utilizan en las confecciones para hacer ojaletes y pegar taches, le hice a un amigo un diseño de una prensa y la manejo con la mano. No se parece en nada a la máquina de las confecciones pero me sirve de mucho”. Ella alza la cabeza arrogante. “Ya no se desbaratan. ¿Sabés cuánto me demoro para hacer un trapero? ¡Morite! Cuatro minutos, si tengo el material cortado ¿Sabés? Lo que me hace falta es capital y mercado? Como dicen los parces: *medio pollo*. Así tendría un trabajo digno y mejor calidad de vida en mi casa. Habría leche, frutas y carne, porque esos son artículos de lujo”.

Alza la mano en señal de despedida, el muchacho la ayuda a levantarse, sigue su rumbo, abre el baúl de los recuerdos, otros no podrá, la delataría lo poco que trae para tan larga caminata.... Allá dentro de ella sabe que está sembrando ¿Será que tiene tiempo para recoger cosecha?

Diligentes los nietecitos mayores le reciben las traperas y lo de la venta. Saben qué y cómo comprar. Hay que mitigar el hambre hoy y dejar algo para mañana por si no vende nada. La niña se le acerca y le dice “mientras que está el almuerzo recuéstese un ratico. Échese un sueñito para que descanse de los pies, yo la llamé cuando esté”. Sumisa y agradecida llega a la cama, la rosada sábana la invita al merecido descanso. Salió a vender a las ocho de la mañana y en estas y las otras son las cuatro de la tarde. Allí en la humilde pieza intenta descansar, hoy, como miles y miles de veces le ha pasado, sumida en el letargo llega hasta atrás, muy atrás en los recuerdos... Duerme. Pregunta ¿cuántos? Seis en la misma cama, uno de ellos la abraza, la mima de día y de noche... Hoy, para ella, será un día extraño.

Detrás de la casa paterna, ese hermano tiene una conejera hace unos cuantos días. La hembra blanca parió diez, y son lindos, la invita a conocerlos, la sube al pequeño recinto que está hecho de madera y a un metro del piso para que la comadreja no se los coma. Entre contemplar el uno y el otro él le desliza la mano por el tórax, la detiene en la parte bajo de la pelvis diciéndole “si te dejás tocar te regalo el más bonito”. ¿Por qué siente miedo? No lo sabe. Lo único que recuerda es que ahí empieza su desgracia. El calor del atardecer la desespera. Quisiera no sumirse en los dolorosos recuerdos de aquello que sintió ese día. Él le dice “no podés contarle a nadie, eso lo hago porque te quiero mucho”. Las noches son una lucha. Tienen que dormir en la misma cama como gusanos de invierno, ahí no se sabe cuál de todos se orina. ¿Por el frío? ¿Por el agua de panela que les dan para que no pasen el día y la noche en blanco? Qué miseria tan espantosa.

El ángel de la guarda le hace un milagro una noche cualquiera, la madre la pone a dormir cerca de la cama de ella con

otro hermano menor, así la situación de zozobra se calma por un tiempo. No sabe ni cómo ni cuándo, se van a vivir a una finca donde el hermano mayor es el que manda, todos tienen que trabajar, a ella la sacan de la escuela cursando primero de primaria, ha crecido un poco, los cabellos son castaño claro, los ojos tristes color miel, la piel tersa trigueña clara y con esos vestidos recogidos a la cintura, de bolsillos grandes, florecitas o muñequitos de esos que parecen de navidad, que se los regalaba a la madre una señora amiga de la ciudad, como dirían los abuelos, va a ser muy buena moza, aunque con un silencio como de temor.

Ahí está sentada, en la rústica banqueta de madera echa por su padre en las tardes soleadas; un día, con la bullaranga de ella y sus hermanos al ver caer el árbol, había derribado el gran roble de la meseta, sus tristes ojos fijos, muy fijos en lo que queda de los gruesos leños... escucha el crepitar como resistiéndose a convertirse en cenizas, las inquietas llamas rojas, amarillas, azulosas, danzan en su propia calidez, se abrazan, se separan, se unen en una sola y se alargan más y más, de vez en cuando una tenue columna de humo sube lentamente y se mete por las rendijas, se pierde afuera en la penumbra mágica que ofrecen las sombras de la noche cuando son dispersas por la radiante luna de octubre.

Frente suyo un hermano duerme plácidamente en la tranquilidad del que nada teme. El radio de pilas ha sonado a bajo volumen evitando el regaño normal, el programa de tangos ya se acabó o sea que son las doce de la noche, en su ilusionado corazón quedaron grabados los nombres de algunos cantantes de tierras lejanas, Oscar Larroca, Gardel, Corsini, Magaldi. Apaga el aparato, destapa la gran olla, tiene suficiente agua, corre unos cuantos leños y echa cenizas sobre las brasas, así dentro de unas

horas el fogón arderá de nuevo, acomoda unos bancos y costales de cabuya, allí dormirá varias horas.

Como un relojito, o sino le irá muy mal, a las cuatro de la mañana empieza a sacar las brazas de debajo de las ceniza rojas que se le parecen a los ojos del demonio, diestra en su labor, la vieja olla, café y panela, pronto el aroma se esparce por todos lados como sombras; sin decir palabra ni hacer ruido van apareciendo los hermanos, observan el amanecer, el olor le ha ganado al bramar de los terneros, el cacarear de las gallinas, el gruñir de los cerdos, todo es diferente a unas horas antes.

Los gritos del *Gamonal*, apodo que el padre le había puesto al hermano mayor, ¡muévanse!, gánense la comida manada de maricones, ¡muévanse!, usted también o cree que por ser mujer no va a hacer nada, o trabaja o se va a poner el culo a otro lado”. Trato que jamás olvidara.

A ella le ronda un pensamiento: “algún día me largo de aquí para la misma mierda, lástima ser tan niña y tan miedosa pero así no me voy a quedar toda la vida”. Otro grito es de la madre “móvete haber si ese te da el par de tenis cuando le paguen la leche”. Eso hace mucho tiempo que se lo han prometido, con un rejo en la mano derecha sale rápida en busca de los terneros, parece que tiene alas, “corra, corra” le dice al fiel perro negro y amarillo.

Siente la neblina, se ha formado una capa de escarcha bastante gruesa, brinca de acá para allá y se detiene en un montículo, observa la blancura del piso y el verde de los montes, respira hondo pues le divierte el humillo que sale por su boca. No es tiempo para pensar o jugar, de nuevo en el corral... ¡de malas como siempre!, un ternero al ver a la vaca sale a tal velocidad que ella no puede impedirle la salida, si no le da paso seguro la lastima, “quizás no le hubiera ido tan mal”.

Fue tan brutal el golpe del *Gamonal* que la deja en oscuro, la agarra del cabello y barre con ella el boñiguero caliente, no le queda parte limpia, saciada su rabia retumban las carcajadas al ver cómo la dejó, “¡y te largas!” Sin decir palabra, no se sabe si limpiándose el rostro o mejor restregándose la boñiga, llega a la casa, la madre indiferente dice “bueno, lávese esa cara que hay mucho que hacer, venga a moler”, es invisible también para ella. En minutos saca de una caja de cartón un arrugado vestido, le pone la cara y cabeza al gran chorro de agua que llega al patio, no siente lo helada que está, no tiene derecho, a los mayores sólo les interesa que trabajen, que produzcan. En el arado arranca las papas, hay sendos bultos, unas amarillas otras moradas, observa la diferencia entre el verde de las hojas y las flores moradas, a ella le parece que son bonitas; otro grito ¡Móvete perezosa! En el patio alimenta a las gallinas y las cuenta y recuenta, seguro le van a preguntar si están todas, de un salto llega a la marranera, la marrana ha parido trece y uno no tiene en qué mamar, la han encargado estar pendiente turnándolo con los más grandes para no alimentarlo con tetero.

No hay leña... bueno, se meterá monte adentro y traerá lo que pueda, ella no quiere encontrarse con *el Gamonal* o mejor enojarlo pues el día anterior que se demora, él le vació un balde leche y le quebró la oreja a Chester, su perro, que trató de defenderla de la golpiza.

Come al escondido, de pie detrás de la puerta o detrás de la casa frente al chorro de agua, parece que entiende el murmullo del agua al caer. A las tres de la tarde esta pilando maíz subida en una banqueta, cada golpe lo da al son de una melodía que se enreda en las patas de las gallinas que, ansiosas, esperan el maíz que caiga al enterrado piso.

La madre, que hace rato la observa, agacha la cabeza cuando la niña le devuelve la mirada, con voz fuerte y áspera le dice “trabaja con juicio para que te ganés los tenis”, la niña de los ojos tristes se mira los pies descalzos y sonríe, ella sigue creyendo que algún día el *Gamonal* se los dará.

Remiendo sobre remiendo de esos que por donde se mete la aguja por ahí se rompe, de todas maneras cuando hay invierno de algo le sirven esos chiros, ¡qué maldita pobreza y tanto buchón! Un silbido la saca de sus pensamientos, es él otra vez, la madre le dice “andá pues a ver para qué te necesita ese pobre muchacho, acordáte de los tenis para que no te quemés los pies con la escarcha”. Ella se hace que no escucha, él insiste, se acerca “venga acompáñeme allí”, caminan por el potrero, el pasto es muy alto, “le voy a mostrar algo que a mi me gusta mucho” ... Ella tiene ganas de correr, siente que el estómago le va a doler, él la coge del pequeño brazo, la empuja de los hombros y se hace detrás de ella, mira pues, “yo no veo nada”, “¡cómo que no! el gran toro café con la vaca cachicortica”, el toro intenta subirse encima de la pobre vaca pero no puede, la niña intenta espantarlo pero el maldito *Gamonal* la obliga a ver cómo hacen eso, el hombre la apreta más y más, respira muy duro cerca al oído, se mueve mucho, casi la tumba, de pronto... todo queda tranquilo, el toro se baja y el hombre la suelta ¡qué horror!

Ella no sabe qué hacer pero el hombre sí, “si decís... no sabés lo que te pasa, maricon andante para la casa”. Al llegar a la casa se sienta en un tronco en el patio, no entiende por qué está desorientada, al intentar levantarse siente su mugriento vestido húmedo de algo pegajoso, con un olor jamás olido, ¡como cosa rara! ¡Milagro!, la madre le dice “venga hija, tóme esa agua panela, esa no fue ni la primera ni la última vez”, pero ella, inde-

fensa, tratará de no darle oportunidad.

Tiene las pequeñas manos tan ajadas que casi le sangran, le tocó lavar las canecas de leche aunque sus cortos brazos no alcanzan el fondo. Vasijas de cuarenta, veinte y diez litros a las que hay que sacarle todo el óxido para que la leche no se vinagre, pues las devuelvan de la ciudad con un letrero que dice: por mal lavadas. Hay que lavarlas con unas hojas grandes y ásperas que se traen de abajo del pantano, por eso las llaman hojas de pantano, y para colmo se les hecha también arena o ceniza. Para ella es muy difícil pues son muy pesadas, grandes y hay que dejarlas completamente brillantes, ¡todo por un bocado de comida y un par de infelices tenis!

Así lleva muchos meses, ella cree que años. Sólo habla lo preciso, contesta con “si señor”, “no señora”, pero todo en la vida tiene un límite. “Hoy, hay luna llena”, piensa mientras ve el viejo almanaque colgado de la grieta de barro de la pared.

Está sola en la casa, la madre se fue hace unos cuantos días para el pueblo, en la cocina el fogón arde, tiene leña de sobra, todo brilla, sueña con salir de allí, ser pianista, escucha una radionovela donde la protagonista era ciega y se volvió pianista... *el Gamonal* la coge de sorpresa, intenta desvestirla, hay una lucha desigual, “hagamos lo del toro y la vaca” le grita mientras la obliga, la tumba al piso, ella le clava los dientes en los brazos, hoy se defiende como la más brava de las fieras. Pero el maldito coge un puñado de ceniza caliente y se lo lanza a los ojos, los gritos de ella fueron tan fuertes que atrajeron a varios de los hermanos, ella corre sin poder ver, tropieza aquí y allá mientras logra llegar al chorro de agua, se lava una y mil veces, el ardor es mortal, no puede abrir los ojos, ella insiste pues sabe que tiene que sacarse la ceniza.

*El Gamonal* amenaza a los hermanos que la dejan sola, le grita “para que yo te de los tenis tenés que dejarte hacer muchas cosas, si te parece así o si no te vas”. Pasan los días, tiene los ojos muy hinchados, el trabajo es peor, la madre no regresa y ella está a cargo de los hermanos pequeños y de los grandes también. El engaño, el maltrato, el acoso, la violencia, hacen mella en ella. Un día le preguntó al padre que era el frasco que guardaba y no dejaba tocar, él le respondió que era arsénico, uno de los venenos más mortales, “el que se toma eso no cuenta el cuento, ni siguiera se puede oler, ¿por qué niña?”, “porque un día de estos lo voy a envenenar para que no me humille, me pegue y me haga ver lo que no quiero”, el padre le dice “¿para qué, Dios le ha de cobrar”, ella se mira las piernas y los brazos llenos de cicatrices, todo lo que ha hecho lo pagará, el mundo es muy grande.

En un octubre, cuando la luna está grande y parece salir de detrás de la meseta ella se fue a buscar otro mundo. De pronto lo encontró igual o peor, pero ahí está. La nieta le dice “mamita ya está el almuerzo”, ella regresa del pasado.

Ese pequeño fragmento de la vida, por hoy queda así. Malditos los ladrones de inocencia y sueños de los niños y niñas, ¡que Dios los perdone!

¿Quién soy?

Nací en Belmira, Antioquia. Octava en una familia de diecisiete hermanos. En este momento residente en Bello, Antioquia. Soy líder comunitaria, con énfasis en los derechos de los niños, niñas y mujeres. Soy mujer convencida de los cambios que necesita el país desde un estado social de derecho.

Trabajo haciendo traperas que vendo casa a casa. No pude ser pianista pero soy poetiza de Antioquia. Mi vida es muy sencilla, vivo con tres nietos huérfanos de padre y me formo en la Corporación Combos, Área mujer.

Bello, Antioquia, Septiembre de 2006.



# Menciones

## Ahora sí puedo contar

*Marta Cecilia Restrepo y Enith Tobón González*

Situada en la mitad del jardín que había sembrado mi tía Ofelia, estaba la casa de amplios corredores y aspecto sombrío. Era media tarde cuando me encontraba de pie frente a la ventana, contemplando la lluvia que al caer hacía temblar las flores.

Era muy pequeña, unos cuatro años tal vez, absorta en aquella visión del colorido paisaje, no imaginaba que ese día sería el inicio aterrador de la realidad de mi vida.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente para que apareciera ella, mi madre, una mujer implacable, pequeña en estatura pero de odio gigante, que me miraba y enfurecida me gritaba que yo le iba a pagar el hecho de que mi padre hubiera jugado todo el dinero.

Pase no sé cuánto tiempo, de rodillas, frente a ella, pidiéndole perdón mientras recibía sus golpes y sus innumerables insultos, un golpe en el pecho me hizo perder el sentido, desperté en la noche, todo estaba oscuro, papá me tenía en sus brazos, envuelta en una ruana, aun salía sangre de mi boca y de mi nariz, todo

me dolía. En ese momento escuche la frase que marcaría mi vida “prométame hija que cuando yo falte no permanecerá un minuto con ella, y entonces pensé. “¿Es que acaso la única persona buena que me acompaña se puede ir algún día? ¿Que significa la palabra faltar?”

A partir de ese día empieza una vida de maltratos para mi padre y para mi, de parte de mi madre y de una media hermana producto de su anterior matrimonio, se me obligaba a estar mucho tiempo atada de las manos, se me gritaban frases que con el tiempo vine a entender y se me obligaba a acompañar a mi padre en su trabajo como arenero en un río cercano, trabajo demasiado pesado para una niña, pues la arena mojada pesa más, pero era mejor eso a estar en la casa. Cada que podía mi padre me mostraba una montaña que se veía a lo lejos y me decía: “Algún día partirás y buscarás el otro lado de esa montaña donde si está la felicidad”.

Nunca comprendí por que mi hermano mayor no pudo perdonarme el que hubiera nacido MUJER y que por eso me odiara.

A los siete años me obligaron a colocarme pantalón y camisa para que me viera como un niño, esto servía para permanecer dentro de la casa y escuchar radio, obtener algunos privilegios en la cocina, como más carne o un poco de leche. Cuando no estaba en el río, debía servir como empleada doméstica de las vecinas, lo hacia para darle gusto a mi padre, en quien confiaba y creía era la persona que me quería.

Un día observaba por un roto que había en la ventana de la pieza a un niño de mi edad que llamaba mi atención. Sin que me diera cuenta, mi padre se acercó, me tomó de las manos y me amarró a una silla y en complicidad con un amigo que se encon-

traba en la casa, con un alicate me sacaron parte de mis dientes, según el, como castigo para que nunca me olvidara que estaba muy pequeña para estar enamorada, que mi vida era el TRABAJO y no la diversión. Mi madre participó de esta escena como una estatua, no hizo nada por ayudarme, no quiso escuchar mis suplicas y mis gritos, se limitó a coger una silla, llevarla al patio y continuar con su tejido. Cuando desperté de este vil atropello, el dolor en mi alma era más grande que el de mi cara, finalmente encontré una posición que me permitía descansar, de rodillas apretaba mi rostro contra la cama.

Estuve como un año encerrada por vergüenza, escuchaba como mis profesores y compañeras preguntaban por mi y recibían por respuesta que estaba estudiando donde una tía. Y no sabían cuando regresaba.

Hasta la edad de quince años me obligaron a vestir con ropa de hombre, el temor a que mis trabajos en el campo, en el río, y a que esa ropa realmente me convirtiera en un varón, hicieron que me interesara por escribir en un papel “SOY UNA NIÑA. SOY UNA MUJER”. La leía cada vez que podía, cada vez que me acordaba, cuando mi hermano me presentaba muchachas porque yo debía tener novia, con más fuerza lo repetía, y decidí empezar a realizar trabajos de mujeres como la costura y el bordado que vendía en el colegio, el diner

Siempre supe que era una mujer con la delicadeza, la claridad, la sencillez, la pasión y el sentir de una mujer muy mujer. A los 16 años encontré el amor de mi vida, mi primer amor, el hombre que me hacía soñar y sentir sensaciones extrañas a pesar de mis temores, fue un amor a escondidas, cuando mis hermanos se dieron cuenta no dudaron en amenazarlo y obligarlo a desaparecer.

A los 20 años, llegó otro hombre, que con sus palabras me hizo creer que yo era maravillosa, sin quererlo, sin sentir nada por él, pero con ganas de contrariar a mis padres y hermanos, opte por tener una relación con él. Un día cuando regrese del colegio encontré mi ropa destrozada, la caja de ahorros, producto de mi trabajo, saqueada, una obra más de mi hermana. Salí a casa de una amiga quien para consolarme me ofreció marihuana y me dijo que con esto se aliviarían todas mis penas. Pero como ya había visto a mucha gente caer en esta trampa decidí que no sería nunca esclava de un vicio, salí de ese lugar.

Me encontré con mi supuesto novio, quien aprovechó el mal momento por el que pasaba para acostarse conmigo y dejarme embarazada de unos mellizos. Mi vida se complicó más de lo que estaba, creyendo que mi hermana, al huir de casa por un problema de orden público, había cambiado su forma de ser y que podía ayudarme, decidí buscarla, teniendo ya tres meses de embarazo. Pero los trabajos forzados a los que me sometió me hicieron perder los bebés.

Regresé a mi casa, donde de nuevo me encontré con ese hombre, quien nuevamente me embarazo de un niño que nació en medio de los sufrimientos y el duro trabajo. Cuando mi hijo tenía cinco meses deje a ese hombre, quien me colaboró por un tiempo y quien se aprovechaba de mí cada vez que quería utilizando la violencia. De uno de esos atropellos quedé nuevamente embarazada y nació una hermosa niña, quien con su delicadeza, suavidad y por ser mujer cautivó mí corazón y me llenó el alma de amor.

Cuando la miraba recordaba el momento tan cruel y doloroso como fue engendrada. Pero su gracia y hermosura eran tan grandes que me hacían vibrar de orgullo. Continué una vida de

sufrimiento y trabajo en casas de familia, donde en los ratos libres hacia pequeñas artesanías. Escondida y cambiando de casa constantemente para que no me encontrara, salía muy temprano a vender mis productos y a trabajar y regresaba muy tarde, pues me decía que si no estaba con él, asesinaba a mi padre, quien a pesar de lo que me hizo fue la persona más cercana a mi y por quien sentí amor.

Un día cansada de esconderme, le hice saber que no estaba dispuesta a soportarle más, que me dejara en paz, consecuencia de esto fue la paliza que sufrió mi padre, quien por temor, no denunció y murió seis meses después a consecuencia de los golpes. El remordimiento lastimaba mi conciencia y para aliviarlo un poco y por temor, permití que me siguiera insultando y golpeando.

Decidí viajar a una ciudad grande para esconderme de aquel hombre cruel, busqué trabajo como obrera en una fábrica y laboraba desde muy temprano hasta muy tarde, para que no me vieran en la calle. Siempre buscaba oficios que fueran muy femeninos sobre todo relacionados con la costura. Fue allí, en esa ciudad, donde finalmente conocí al hombre que trajo paz a mi corazón, me llenó de un amor infinito, el hombre que sólo una vez en la vida se ama y a quien me entregué totalmente.

Pero la vida se ensañó conmigo y cuando estaba muy feliz, esperando un hijo, ahora sí fruto del amor, se dio en el eje cafetero el terremoto del 99, que dejó a mi hijo con una pierna destrozada y a mi madre que finalmente había accedido a cuidarme a mis hijos, también muy lastimada. Fue ese hombre cruel el que los rescató del hospital, los llevó a vivir a un cambuche, de los que fabricaron para los que perdieron su casa y obligó a mi hijo a pedir limosna mostrando su pierna, a mi hija la culpaba de

mi desamor y en varias oportunidades los vecinos tuvieron que intervenir para que no abusara de ella.

Pudiendo más mi amor de madre que de compañera, regresé a cuidar mis hijos sin despedirme de aquel hombre que me había brindado por fin un poco de amor y por temor a que me buscara y le pasara algo.

Los cinco meses restantes de embarazo, fueron de mucho trabajo en casas de familia de la comunidad donde nos instalaron, pero también de abusos y maltratos, pero lo más terrible fue cuando me di cuenta que ese bebé que aun no nacía, había sido vendido por el padre de mis hijos. Busqué protección en Bienestar Familiar quienes se ocuparon de mi caso y me llevaron a un lugar maravilloso donde trabajé en lo que sabía hacer y pude rescatar a mis otros hijos.

Cual no sería mi sorpresa al descubrir todo lo que mi madre había sembrado en ellos durante mi ausencia, odio, intriga, mentira y la peor imagen que un hijo pueda tener de una madre, descargó todo su veneno en ellos, para que me cobraran lo que según ella, yo le debía.

Estuvo un año con nosotros, al cabo del cual enfermó gravemente y cuando salió del hospital, su hija que había regresado la llevó con ella a una casa que les habían prestado y donde se dedicaron a vivir de lo poco que yo conseguía con mi trabajo, como costurera de un almacén donde me enseñaron a hacer apliques de retazos a mano, para confeccionar cojines, tendidos, camisetas y por el que me pagaban muy poco como obrera, pero que vendían muy caro en los almacenes.

Mi madre vivió cuatro años con mi hermana, quien también enfermó y murió de una infección crónica en los riñones, que le causo muchos dolores y sufrimientos y la tuvo varios meses en cuidados intensivos.

Al morir mi hermana, mi madre quedó completamente sola en una casa que estaba a punto de caerse, llena de malos recuerdos, de cosas inservibles, de tristezas, de odios y dolores. Mis hermanos mayores decidieron que yo debía cuidar de ella y trabajar para mantenerla, pues era mi obligación como hija, ahora si valía haber nacido mujer.

Como yo me había hecho a una casita para reubicados del terremoto y en vista de que no tenía quien se hiciera cargo de mi madre, opte por llevarla de nuevo para mi casa.

Esta decisión me trajo todos los inconvenientes del mundo, pues ella no se levanta de la cama, la convirtió en el fuerte de batalla, desde allí me exige más de lo que le puedo dar, su odio y su venganza no terminan y continúa inculcando en mis hijos sentimientos de rencor. Esta mala formación e información, llevaron a que mi hija, mi maravillosa hija, conociera un grupo de jóvenes que le mostraron otra forma de ver la vida y cambiaron radicalmente su forma de pensar, de actuar, de sentir para no aceptar más mi autoridad, mis consejos, mis detalles.

Dejó el colegio, donde se había destacado como una muy buena estudiante, una líder, dejó allí mis ilusiones y mis anhelos de hacer de ella una profesional, una mujer muy distinta a lo que fue su madre.

Mi hijo tiene momentos de ausentismo y puede pasar mucho tiempo sentado en el mismo sitio sin hablar, otras veces daña las cosas y no se responsabiliza de ello, continúa con la lucha de cuidar esa pierna que quedó muy frágil a pesar de los tratamientos que le hicieron.

Lucho por hacer de él un hombre de bien, aunque se que es algo difícil, pues la vida no le ha sonreído mucho que digamos y son muchas las cosas que ha visto, oído, sentido, que lo hacen

actuar a veces con indiferencia y da la impresión de no querer a nadie.

Mi hija pequeña, el fruto de mi amor verdadero, aún no conoce a su padre, pues el temor de que de pronto me la quite, me ha impedido siquiera intentar buscarlo, pienso que tal vez no me perdona el haber renunciado a él y a la vida que habíamos propuesto llevar, pero que no incluía mis otros hijos. Opte por enseñarle que su padre fue un hombre bueno al que quise y que algún día ella podrá conocer si es que así lo decide.

Lo mas triste para mi es saber que esta hija está viviendo el dolor que yo viví, pues el odio de mi madre, a pesar de mis esfuerzos la alcanza, la convierten en un ser frágil, tímido, asustadizo, poco sociable, pero tierno y hermoso.

Todo este tiempo hemos vivido de lo que yo se hacer, TRABAJANDO DE MUJER, con mis manos y muy pocas herramientas logro hacer coge ollas, juegos para cocina, limpiones, bolsas para ropa interior, estuches para joyas, tendidos, cojines, delantales, todo bordado a mano. Estos productos los llevo a los almacenes, a las casas y a la institución educativa donde la persona que recogió este testimonio los vende.

Son muchas las angustias, las penas, los sinsabores, los momentos felices han sido pocos en mi vida, creo que no recuerdo haberlos tenido.

He tratado de enseñar a otras mujeres mi forma de trabajo, en mis sueños está organizar una microempresa para mujeres madres cabeza de hogar, a quienes veo diariamente en mi vecindario, un sitio para reubicados y desplazados, luchar contra la injusticia, la discriminación, la falta de empleo y de oportunidades para ellas y sus hijos. Mujeres que salen a vender su cuerpo por una panela o como dicen ellas por un mercadito. Mujeres

que consiguen compañeros para que las mantengan y terminan maltratándolas y dejándolas con un hijo más, para agregar a la cuenta. Mujeres que tocan puertas o regalan su trabajo en casas de familia, por muy pocos pesos, escuché algunas que trabajan todo el día en una fábrica de helados por \$5.000, hay quienes salen de sus casas en la mañana y regresan en la noche para ganarse \$100.000 mensuales, que nos les alcanzan para pagar servicios, mercar y vestir, pero que como no tienen otra opción lo hacen a costa de dejar sus hijos todo el día, al cuidado de los vecinos o de los más grandecitos.

Mujeres que son denunciadas por abandono y a quienes Bienestar Familiar les recoge sus hijos, sin tener en cuenta que si no salen a trabajar, no tienen para comer, o para pagar un restaurante escolar donde mínimamente aseguran una comida al día. Mujeres que curan a sus hijos de las enfermedades, como hacían los abuelos, con plantas y emplastos porque el Sisben no les cubre los medicamentos.

Las que tienen esposos no tienen mejor suerte, porque a ellos también los veo desde mi ventana, cuando realizo mis bordados, parados en las esquinas hablando del alto costo de vida y del desempleo.

A veces creo ser más afortunada que muchas de ellas, pues finalmente yo tengo un trabajo que no depende de nadie, un trabajo de mujer digna, un trabajo humilde pero bonito, un trabajo que me permite ser mi propio jefe y tener mi propio horario.

Un trabajo que me permite espacios para llorar, pensar, reflexionar, para dejar volar mi imaginación y ubicarme con ella en un país distinto, con oportunidades para todos, con paz y justicia social, un país donde mis productos fueran comercializados a gran escala, donde se me reconozca como la mujer de manos

ágiles, creadora de obras de arte en bordado y costura, un trabajo de mujer.

Mientras escribo algunas de estas letras para que salgan por primera vez a la luz, yo sigo tocando puertas, llamando, buscando, pues mi esperanza y lucha no terminan. He decidido salir de nuevo a una ciudad más grande en busca de mejores ofertas para mi trabajo. De nuevo dejo a mis hijos al cuidado de mi madre o mejor, a mi madre al cuidado de mis hijos.

Siento que tantos golpes que la vida me ha dado, no me han permitido ser la madre ejemplar y buena que hubiera querido ser, traté por todos los medios de sacarlos adelante, de tener una familia unida, pero la sombra de mi madre y de tantos recuerdos aun está conmigo.

No logro alcanzar lo que me he propuesto y lo que por tantos años he soñado, un hogar y un trabajo estable, unos hijos buenos profesionales, con carisma y mucha energía.

Sigo dando vueltas sin saber como, cuando y donde voy a terminar, pero la vida no me va a vencer, al contrario, creo que yo la voy a vencer a ella y la voy a vencer, porque en estos momentos albergo en mi vientre otro hijo, de otro hombre que como los demás me habló bonito y me hizo sentir mujer, me hizo vibrar de placer después de muchos años de no sentir la cercanía de alguien.

Vuelvo a buscar un no se qué, un no se donde y como las otras veces, con mucha esperanza, con muchos anhelos, con muchos sueños. Pienso que algún día llegara algo bueno a mi vida, cada que llega uno de mis hijos pienso lo mismo y termino por creer que es así, por eso este nuevo hijo no me asusta, pues por lo menos tendré la ternura de alguien por un tiempo, mientras la sociedad o mi familia no lo dañen.

Son tantas las cosas que me han pasado pero que no quiero contar, que daría para escribir una novela, una novela que titularía LA HISTORIA DE UNA MUJER QUE QUISO SER MUJER...

Una mujer que no termina de recorrer, que no cesa en sus aspiraciones y sueños, pues los sueños y la esperanza es lo único que no han podido quitarle en ese afán de lucha que la caracteriza, que la hace ver grande siendo tan pequeña, que la lleva a ser atrevida y a defenderse como una fiera cuando tocan lo que ella ama, que le permite seguir a pesar de todo.

Pienso cuando llegue a mi destino y encuentre un trabajo, enviar dinero para sostener a mis hijos mayores y a mi madre, la más pequeña la llevo conmigo para mostrarle otros horizontes y otros caminos.

Quiero regalarle unos días de tranquilidad y de estar las dos, caminar, mostrarle todas las cosas que si tuviera dinero le compraría, eso significa enseñarle a soñar, a pensar en grande y bonito.

Pueda que esta vez encuentre una mano amiga bien extendida, que luego Dios quiera, se convierta en un brazo y luego en un abrazo, para tener donde refugiarme y descansar por unos momentos, mientras consigo trabajo.

Cuando gane mi primer sueldo, me voy a regalar un cojín grande con una muñeca de retazos, Bordado a mano de muchos colores, con mariposas de cintas y flores de tela, ese será el premio a la resistencia, a la perseverancia y la constancia.

Sé que la vida en las ciudades es demasiado pesada, pero no más pesado que tener que salir cada día a buscar trabajo, o a ofrecer sus productos y no encontrar posibilidades, porque en una ciudad pequeña éstas son mínimas y para muchos no existen.

La ciudad grande tiene una ventaja para mi trabajo y es que hay más supermercados, almacenes y fábricas donde ofrecer lo

que produzco y eso me anima.

No se cuantas personas leerán estas líneas, escritas unas por mi, otras contadas para que la profesora las escriba, pero tengo la seguridad que servirán para que muchas mujeres no dejen de luchar, no dejen de soñar y de arrancarle posibilidades y oportunidades a la vida. Gracias por darme la oportunidad de contar lo para mi incontable.

Esta es una parte de la historia de mi vida, puede ser la realidad de muchos niños niñas y mujeres de Colombia, pero para ellos como para mí el dolor es mucho y el amor poco, el dolor y las lágrimas son sus constantes compañeros.

*Pienso seguir luchando.*

*Mi alma es pura*

*Soy una guerrera.*

*Seguiré buscando el otro lado de la montaña que  
como decía mi padre*

*“ALLÍ ESTA LA FELICIDAD”*

¿Quién soy?

Marta Cecilia Restrepo y Enith Tobón González

Historia escrita, unas partes por Marta Cecilia Restrepo, madre de 3 hijos, mujer cabeza de hogar que hasta hace 8 días vivía en La Nueva Tebaida, barrio de reubicados y desplazados de La Tebaida, Quindío. Tiene 36 años es delgadita, muy luchadora y convencida de sí, viajo y no dijo para donde, con la esperanza de encontrar una nueva vida.

Otra parte la escribió Enith Tobón González, secretaria de la mujer del sindicato único de trabajadores de la educación SU-TEQ, quien trató al máximo de no cambiar lo contado y de escribir como la dueña de la historia lo pedía.

## **El trabajo de la calle: entre dulce y amargo**

*Lucina Rúa G.*

Hace muchos años, dormía un sueño profundo en el que no había miedo, ni sensación alguna de dolor. Aunque las cosas no dejaban de suceder, no las sentía. Los sentimientos estaban petrificados en lo más profundo de mi ser. Era como si no existiera el ser en la materia. De pronto, un día, el crujir y rechinar de las necesidades diarias y abrumadoras hicieron que despertara de ese dulce y amargo sueño. Me dije: -¡estoy viva! ¡soy mujer con unos valores y una familia que también es mía, no sólo de mi esposo. Me observo y veo que tengo la necesidad de ser productiva, de ganar dinero y cubrir mis necesidades, tomo una decisión: trabajar. Pero... ¿dónde? ¿quién sabe?. Pues venderé cosas por la ciudad.

Compré un catre y la mercancía (collares, aretes, tiras para brasier, medias, etc.) y me fui a una calle donde pasaban muchas personas, de pronto llegaron unos hombres vestidos de terror, con uniforme de chaqueta azul y camisa blanca que parecían transformarse en colores espesos con sensación revoltosa, y sus cachuchas que más recuerdan los cachos porque con esos es con

los que se lo van a llevar a uno por delante, y dejaron oír sus voces que son gritos de pánico y de terror: “¿señora, qué hace?” “pues vender, qué van a llevar?”, “todo nos lo llevamos, su catre con su mercancía” “¿por qué?”, “señora, aquí no es permitido vender”, “déjenme, o que van a hacer?”, “no se puede, es la orden de los superiores”, “no se lleven mi mercancía”, “recoja y se va”.

Sí, me hicieron recoger la mercancía, pero no me dejaré frustrar, seguiré en la lucha, como hoy, día del Amor y la Amistad, que es un día afortunado, agradable para las ventas: venderé endulzadas. Despacho a mi esposo para su labor, arreglo a Kata, mi hija de tres años, y empaco jugo, almuerzo, tetero y a vender endulzadas. Me llevo las endulzadas que son como marranitos en pastas de colores transparentes y dentro llevan los dulces, les pongo la tira uno por uno, me los cuelgo del cuello, tomo a la niña de la mano y ¡a vender! “Endulzadas a mil”, grito en tono alto. Cuando menos lo espero unos señores me dicen “córrase de ahí”, “¿por qué? ¿qué pasa?”, “camine, caminé”, “ustedes están como le decían a Jesús: camine, camine Sirineo, no pare”, dicen los señores “sí, es así, camine y camine que ahí no puede quedarse”. Caminé con las endulzadas y mi niña gritando “endulzadas, endulzadas”, “¡qué niña tan linda!”, me dice un señor, le contesto: “sí, ella es muy tierna y muy juiciosa, Kata venga para acá”, la tomo de la mano y no la dejo de proteger en el medio que nos rodea; Kata tiene sed, “tome jugo, más tarde almorzamos y seguimos vendiendo”.

De repente comienza la competencia por el sobrevivir y sometidos todos a la inclemencia del sol, con los rayos ultravioletas penetrando con sus fuertes agujijones que calientan hasta por dentro de la planta de los pies, que marcan así nuestros pasos en este duro pavimento, secado a fuerza de las pisadas de tantas vendedoras.

En la lucha diaria de vivir por un sustento pasan los años y algunas cosas cambian, como que Kata pasó de ser niña a ser adolescente.

Hoy, segundo domingo de mayo, día de la Madre, ¡qué grandiosas ventas vamos a tener!. Con un morral lleno de ilusiones y esperanzas salgo para el centro de la ciudad, muy de madrugada. Es un día lluvioso, aún no salen las personas a comprar, es muy temprano. A las nueve de la mañana empiezan a salir los compradores y con la lluvia que se va el día empieza a mejorar. Pero a las once todavía no he hecho *el Nombre de Dios*, tengo la esperanza de que será un día afortunado, así como otros venden, yo también venderé. El día se pone otra vez lluvioso, saco un plástico para tapar mi mercancía. “Flores hermosas para la madre, ramilletes de flores exóticas, aromatizadas con los más finos aromas de recónditos lugares de la tierra para una hermosa madre” Una de la tarde, mi mercancía aún tapada, la lluvia está cesando cuando pasa una parejita de enamorados: “señora, qué deliciosos aromas tiene su puesto”, “son las bellas flores para este día tan especial”, contesto, “¿cuántas desean?” “una docena” dice la pareja. Por fin hago *el Nombre de Dios*, mi primera venta y ¡qué venta! A las siete de la noche, he vendido todas mis flores aromatizadas, es hora de alistarme e irme para mi casa a velar por mi hogar. Les llevo paquete de papitas, mandarinas, huevitos, como me fue tan bien, tengo para la matrícula de Kata, los zapatos de David, la camiseta de Pedro y los servicios no nos los van a cortar, mañana Kata va a pagarlos y me queda para volver a surtir el puesto.

Con mi esfuerzo cambio la inclemencia de ver unas ollas vacías y sentir el estómago vacío por la sensación de un olor a comida recién hecha, aunque los gritos de rechazo por ser inde-

seable, hacen que llegue el llanto como los golpes que sangran el alma, pero de ahí brota también la sed insaciable de una mujer que sabe que trabajar es una forma de superarse para no depender de lo que dé el marido, para no sentirse subyugada.

Otro día de Amor y Amistad: compraré flores rojas y solitarios, tengo poco dinero pero compraré bolitas de icopor de colores y les echaré a los solitarios para que se me vean más llamativos. Salgo a vender los solitarios que llevan cosa buena y novedosa. A la noche, de los 36 que saqué, me quedan algunos para vender al día siguiente. Como lo imaginé, me fue tan bien que ni Espacio Público me persiguió. Pero cuando llego, feliz, a mi casa, encuentro a mi esposo como un tití, furioso: “¿por qué se fue?”, “es mi necesidad”, contesto, “mañana no se irá” responde y con el pie le da a mi cajita donde tengo los solitarios con sus flores y bolitas de icopor y los manda lejos; cuando la destapo para ver cómo quedó encuentro mis floreros miniaturas y mis ilusiones desmoronados... “Otro día, junto con mis ilusiones, volverán a florecer” pensé.

Pero estando un día en busca de hacer una venta, un día lluvioso y muy frío, alerta y observando en qué punto están los de espacio público, junto con *las convivir*, que son los que nos quitan de donde nos hagamos a vender, ya sea una calle, una acera o un rinconcito debajo del metro, de pronto se allega una cliente, “¿cuánto vale este carro?”, “tres mil, es de pilas”, al mismo momento en una abrir y cerrar de ojos se me acercan los de espacio público “quítese de ahí, por favor”, “un segundo termino de vender este producto”, “no, es que se quita ya”, por un ladito le paso el carro a la persona y ella me pasa el dinero, espacio público me coge la mercancía, se la lleva y yo me siento asustada y muy confundida, me voy detrás diciendo “señor, por favor, no

se me la lleve, es que yo no me hago ahí, estaba pasando y me pidieron un producto, ¿para dónde se lleva mi mercancía?, y ellos riéndose me hacen ir hasta la acera de enfrente, donde estaban los de *las convivir*, y les dicen, “miren, al frente de sus narices y ella está vendiendo como si nada”, yo le dije que no, “es que estaba pasando y me pidieron un producto y yo paré un momento y mientras eso llego él y se me trajo la mercancía, pero yo ahí no me hago”, “sí, lo mejor es que no se haga por ahí”, y me entregaron la mercancía; me sentí pequeña y humillada pero claro, esa es la intención, humillarlo a uno, para que se sienta tan mal que no quiera volver a vender en la calle.

La historia es de todos los días, de pronto se oye “¡ahí viene la jaula!”, “¡ojo! se están llevando todo lo que se atraviesa”, ya se llevaron la carreta con los tomates de Paco; le pregunto a un señor: “Don, Don, esos costales ¿para qué los usa?”, “para recoger de mi carreta las medias cuando viene espacio público y si se me llevan la carreta no les doy oportunidad de que se me lleven la mercancía”. Sigo con mi mercancía vendiendo, cuando miro para la cuadra de arriba veo que estamos encerrados por espacio público y por debajo están *las convivir*, pregunto “¿qué hacemos?”, me contestan los compañeros de venta “buscar donde escondernos”, “pero es que yo no estoy haciendo nada malo”, “hágale, escóndase y si no le quitan la mercancía y la echan al carro”, me escondo detrás de un poste donde hay unos escombros, pasa espacio público y no me ve, entonces observo cómo les corren los compañeros, ellos en gallada los corretean y les quitan sin compasión las varillas de medias a Paola y a Carmenza, los carros de correas a Guillermo, “esto es mucho susto, me libré”, pienso. Con espacio público no se sabe a qué momento van a aparecer, mientras uno está mirando para un lado, ellos

están aproximándose por otro, son como la plaga, me recuerdan la canción *hay viene la plaga y te va a picar*.

Los de espacio público son los enemigos de los vendedores ambulantes porque, para ellos, estamos ocupando su espacio, por eso los puso el Municipio. Aparecen en cualquier lugar y no nos dejan trabajar en la acera, la esquina, junto a un almacén o pasando la calle como una transeúnte con una carreta con frutas, tomates de aliño o, en temporadas, anchetas y un megáfono para ofrecerlas. Somos tantos los vendedores que en las calle más comerciales como Pichincha, Palacé, El hueco, Junín, encontramos infinidad de gafas, cachuchas, medias, en exhibidores de rápido alcance para correr con ellos cuando viene el enemigo.

Estos exhibidores son varillas de un metro en los que con ganchos de sostener la ropa, se cuelgan las medias; también hay exhibidores de icopor que se hacen con un metro de icopor por tres ancho y se forra en papel contact, en éstos se exhiben gafas, cachuchas, correas, ganchos de ropa, tiras de brasier, collares, hebillas, y aretes.

Como yo me mantengo algo prevenida para que espacio público no me lleve o agarre tan fácil, me pongo en la investigación; le pregunto a Zulima, que es una compañera que tiene un puesto fijo “Zulima, espacio público ¿cómo está?, va a dejar trabajar en este tiempo o no?, ella me contesta “sí, como no, mire cómo va a dejar trabajar, si hace quince días recogió todas la cajas que no estaban bien dentro de los puestos y a mi me cogió tres cajas y tuve que ir hasta Pedregal y me dieron un recibo para que pagara quince mil pesos, más los pasajes para ir también a la Alpujarrá a pagar y volver con el recibo para que me entregaran la mercancía, cuando me la entregaron me dieron sólo dos cajas, son tres, les dije, ¿por qué me entregan sólo dos?, no sabemos,

dijeron, y se me robaron la más grande y con mejor mercancía, y aguante”, uf, quedé traumatizada, nunca me dejaré llevar las cosas de espacio público, pensé, con esa experiencia el pánico es tremendo. Cuando gritan “ahí viene la jaula, a correr”, uno siente que se le paralizan las piernas, es como si la mercancía pesara más y fuera más grande.

Diciembre es la temporada más buena de todo el año. “Este año no se dejará trabajar a los vendedores de la calle”, dijeron, mandados por el Municipio, los de espacio público. “Pues seguiré trabajando”, me digo. Con un pequeño carro de rodillos salgo a vender y a correrle a Espacio Público. En la carrera mi mercancía se cae, se me pierde, o al cruzar la calle los carros me la pisan. Pero este diciembre (2005), en casa, todos estamos en la lucha, hasta mi esposo que hace las chozas para el pesebre, mi niña ayuda a hacer los arbolitos. Para que Espacio Público no me vaya a quitar las chozas, las echo en una bolsa negra de plástico, la pongo junto a la basura debajo del viaducto del Metro y le grito a las personas que pasan: “chozas, vendo chozas”, ellos se me acercan y preguntan “¿cuáles chozas?” yo les respondo que las del pesebre, “si las necesita allí las tengo, venga se las muestro”. Se pudo vender algo, sobre todo entre las seis y las siete de la noche, las horas que Espacio Público no molestaba tanto. Así seguí toda la temporada: pesebres, aguinaldos y para el 31, sahumeros.

Llega el 2006. Este año Espacio Público, nuestros enemigos, nos dicen “si quieren trabajar tienen que sindicalizarse”. Yo ya estaba sindicalizada, pero aún no me servía o me sirve, pues no tengo el permiso de Espacio Público. Seguimos en las mismas, corriendo. Aunque el sindicato nos ha servido un poco, porque por medio de éste, el Gobierno, con sus ínfulas de ayudarnos, nos da algunas migajas: un poco de estudio de dos horas, de vez

en cuando, y así buscamos también un permiso para seguir trabajando en la calle. A veces Espacio Público deja trabajar, pero cuando nos quitan la mercancía, hay que sacar dinero de no se sabe donde para volver a surtir y seguir guerriándola.

Algún día nos llegó una invitación al sindicato, el martes había una reunión para asistir a una conferencia con un sindicato de mujeres, “pues qué rico, asistiré” pensé, y desde ese día he visto que el dolor y la lucha para ganarnos un sustento, en este país llamado Colombia, es desgarrador y nos carcome lentamente, hasta que el enemigo, llamado Gobierno, nos tenga en la completa miseria. Lo que me consuela es que es que aún existen personas y entidades que luchan por nosotros, para no dejarnos abatir por el sufrimiento.

*¿Quién soy?*

Me llamo Lucina de Jesús Rúa Gonzáles, soy de un pueblito al que llaman “la ciudad de las colinas”, Yali, Noroeste de Antioquia. Mi país es Colombia, tierra de seres pujantes y echados pa’ delante. Nací el 25 de julio de 1965, mi madre, una heroína, tuvo 11 hijos entre los cuales ocupó el puesto nueve. En la actualidad tengo 41 años y dos hijos, un niño de cinco años llamado Elver, y mi mano derecha; y Leidy Katherine. Vivo con ellos y con mi esposo Francisco Oswaldo Hernández.

Mido un metro con sesenta y cinco, peso de 45 a 50 kilos. Tengo cabello largo, color castaño, con algo de canas; ojos color café con cejas despobladas; nariz un poco chata; pómulos alargados; piel entre blanca y trigueña; labios delgados.

Soy más bien solitaria y silenciosa. Me gusta ser participativa y ayudar a los demás en lo que esté a mi alcance. Soy de temple en el carácter aunque un poco lenta en algunas cosas, en otras no; tengo voz suave pero a veces con ella hiero sin querer a aquellas personas que más quiero.

## Una mariposa con ganas de volar alto

*Luz Mery Hernández Restrepo*

Fui la niña entre nueve hombres, mis padres eran geniales y lo tenía todo. Pero en una granja llena de flores rojas y amarillas se murieron mis ilusiones y mis sueños de ser una gran modelo, porque yo era de pelo corto y lloraba porque no tenía el pelo largo, entonces me ponía una toalla en la cabeza para poder bolarla y decirle a mis amigas “voy a ser una gran modelo de pelo largo”. Y no hubo ni pelo largo ni ninguna modelo, porque cuando cumplí doce años quedé huérfana de mamá. Ahí empezó mi más grande dolor y porque no decirlo, mi desdicha como mujer, porque los dos hombres mayores de la noche a la mañana se pegaron una transformación que no sé explicar, ellos empezaron a *tirar vicio* en la casa y traían a sus amigos, que también se drogaban, cuando mi papá se iba para el trabajo y yo me quedaba sola con ellos. Fue un tiempo en el que mi vida era un Karma, y me dije “no puedo seguir viviendo en esta casa”. Pasaron dos años en los que además de cuidar a los hermanos pequeños y tener que aguantarme a los dos mayores con su vicio, mi papá me sacó del

colegio. Una mañana que estaban mis hermanos *tirando vicio* me dije “¡Dios mío!, ¿qué será de mi vida si sigo aquí?”. Así empecé a salir con una amiga que vivía al otro lado de la casa y me decía: “Mery, no sea bobita, vámonos y nos ponemos a trabajar” y yo le preguntaba “¿en qué?”, “en una casa de familia”, y pensé: “bueno, soy una niña, pero si trabajo me puedo ganar mucha plata para comprarme todo lo que yo quiera” y así no seguir cuidando a mis hermanos y, para mi desgracia, me volé de la casa a los catorce años y me fui a trabajar, con la ayuda de esa amiga. Cuando decidí huir sentí miedo de la calle y de llegar a una casa grande y con muchas cosas bonitas que nunca tuve en la mía, porque así me imaginaba la casa donde iría a trabajar por primera vez. Pero también sentía tranquilidad porque, me decía a mi misma, es mejor empezar a trabajar para salir adelante, y porque tenía ganas de recibir platica y de sentirme útil, además el trabajo en casas de familia sería una alternativa para huir del peligro que venía venir de mis hermanos, porque en un tiempo lo vi así, como un peligro.

Llegué a una casa grande, unifamiliar, con tres cuartos y una pieza pequeña que era donde yo dormía, con dos patios muy grandes llenos de flores moradas y rojas a las que me gustaba acariciar cuando lavaba y me decía “¡qué rico sería un jardín en mi casa, cuando me case!”, no podía dejar de pensarlo siempre que hacía los oficios. Cuando podía salir e ir a mi *casita*, siempre la comparaba con la casa donde trabajaba, esa era un castillo, en cambio toda mi casita apenas sería del tamaño de una pieza de ahí, era una cajita de cartón.

Casi todos los de la familia eran muy buenos conmigo, tenía que cuidar a dos adorables niños de dos y seis años, de la patrona ¡ni hablar!, pero del patrón... no quisiera decir nada, aunque

quizás sea mejor contar un poco de este dolor. Me iban a pagar cuatro mil pesos al mes, que para mí, en ese momento, eran un platal. Yo me puse muy feliz y me dije “qué bueno, puedo comprar muchas cosas”. Mi trabajo era cuidar los niños, despacharlos para la guardería y arreglar la casa. Me tenía que levantar a las cinco de la mañana, pues los patrones salían a las ocho de la mañana a trabajar, tenían una farmacia en Guayabal, que la trabajaba la patrona y el patrón tenía un taller del cual era el jefe; y me acostaba a las diez de la noche.

Cuando recibí mi primer pago lloré de alegría y me dije “¡Dios mío! esta platica es mía, yo misma la sudé”, recuerdo que la patrona me pagó y me dijo “Mery, no se vaya a gastar la platica mal gastada”, y yo le contesté “no se preocupe porque lo que pienso hacer es muy bueno”. En esos días mi padre había cumplido años, pero como yo salía cada quince o veinte días no había podido ir, y aunque yo siempre decía “cuando me paguen me voy a comprar cosas”, lo primero que hice fue comprarle una torta a mi padre y para mi una blusa, que quise mucho porque era la primera ropa que me ponía con mi plata.

Como era tan niña a veces me sentía mal porque cuando bañaba a los niños en ese patio quería ponerme a jugar con ellos pero también pensaba que si lo hacía me podían regañar porque yo tenía que trabajar; un día que saqué los juguetes pensé que sería rico tener tantos juguetes para jugar con mis hermanos pero también sabía que eran de mi trabajo. Cuando hacía las comidas siempre me acordaba de mi mamá que fue la persona que me enseñó a cocinar, ella me decía “hija, si algún día falto, espero que usted aprenda mucho de mí para su vida”. Pasado un tiempo los patrones me dijeron que estaban muy contentos con mi trabajo y que me iban a subir el sueldo porque los niños se apegaron mucho a mí.

Al año de estar trabajando pensé: “qué rico que pudiera hacer una fiesta de cumpleaños para mis quince años”, eran las cuatro de la tarde y pensé también en mi familia, “qué será de ellos, Dios mío”, yo salía de esa casa cada quince o veinte días pues no tenía para dónde irme. Una mañana, tres días después de que había cumplido mis quince años, me levanté muy tarde porque no dormí bien pensando en mi fiesta de cumpleaños, eran las cinco y media de la mañana y la patrona me decía “Mery ¿está enferma?, ¿qué le pasa?” y yo le dije “no señora, ya me voy a levantar, qué pena que me cogió el día, discúlpeme por favor” y el patrón contestó “no, tranquila”, pero si yo hubiera sabido que esa frase me iba a costar tanto no me hubiera quedado tan tranquila, pero como era una niña no sabía que tanta amabilidad me fuera a costar todo este dolor e inseguridad en mi empleo.

Cierta mañana me quedé sola con el patrón. Era un sábado y no había que madrugar. A las ocho y media me metí a lavar el baño aprovechando que los niños dormían. Oí que tocaron a la puerta y era el patrón, “¡ay Dios mío”!, fue lo único que dije, “Mery, por favor, abra la puerta que le voy a decir una cosa”, yo simplemente le dije “díjala que lo escucho”, pero don Gustavo siguió insistiendo “Mery por favor abra”, “¿para qué quiere que abra, dígame”, ”abra por favor”. Yo le abrí y él me dijo “¿qué pasa, tiene miedo?, “no señor, simplemente dígame qué desea”, pero estaba en pantaloncillos. Le dije “qué le pasa, por qué entra así?”, “no se preocupe por eso”, “¿cómo que no me preocupe señor, si los niños se levantan y no nos ven qué van a pensar?”, pero empezó a tocarme los senos y yo me puse a llorar y le dije “por Dios ¿qué esta haciendo?”, “tranquila que no le voy a hacer nada, todo va a ser muy bueno, le chupo los senitos que los tiene paraítos, qué lindo” y empezó a tocarme toda y yo sólo le dije “por favor,

¿usted qué está haciendo?, suélteme o grito”, “no, usted no va a gritar porque le va mal, sólo le digo que no vaya a gritar”. Cuando intentó quitarme el delantal yo llamé “Sebastián, Sebastián”, que era el niño de seis años, él me tapó la boca pero yo me solté y seguí diciendo “Seb...”. Cuando el niño tocó la puerta y dijo “¿qué le pasa Mery?”, yo le dije llorando, “me caí”, “abra, abra la puerta” y el patrón me decía que no, entonces le dije al niño “Sebastián, vaya para la pieza que yo ya voy”, y aprovechando que él se puso muy colorado, como con miedo, yo le dije “voy a salir, si no me deja grito de nuevo”, me dejó salir y me dijo “si usted dice algo de lo que pasó, la despido de esta casa”. Yo pensé que no tenía que hacerlo porque yo iba a renunciar lo más pronto posible. Cuando iba a abrir la puerta él me cogió y me dijo “cuidado con abrir la boca Mery”. Al salir los niños estaban en la sala, yo no paraba de llorar y Sebas me dijo “Mery, ¿qué le pasa?”, yo no le podía decir nada, “no mi amor, tranquilo que no me aporrié muy duro”, “¿dónde están mi mamá y mi papá?”, “yo creo que están trabajando, vengan les doy el desayuno”, pero ellos me dijeron que no, “quiero a mi papá y a mi mamá”, “listo mis amores, vengan, yo les doy el desayuno y llamamos a los papás”, actuaba sin dejar de pensar en lo que me había hecho ese descarado. Cuando los estaba subiendo al poyo donde les daba el desayuno, llegó el patrón y dijo con un cinismo que ni yo mismo lo creía “¿qué le pasa Mery”, “no nada papi, se cayó”, dijo Sebas, “¿se aporreó o qué le pasó?” Yo lo miré y le dije “voy a darle el desayuno a los niños para irme para el trabajo de doña Alba”, “¿qué pasó pues, qué le pasa?”, “no, nada, tranquilo señor”, “Sebas, vaya a la pieza y me trae una camisa por favor”, “si señor”, cuando el niño se fue para la pieza me dijo “¿usted qué piensa hacer?, si le dice algo a Alba no respondo”. Me estaba metiendo miedo pero no le

hice caso y me fui para el trabajo de la patrona. Cuando llegué, ella me miró y me dijo “¿qué le pasó? ¿por qué está llorando”, yo le dije “no, tranquila, no me pasa nada”, pero por dentro estaba destrozada, “pues yo no sé qué pasó, dijo ella, pero ya mismo nos vamos para la casa”. Cuando llegué con ella él me miró muy feo y dijo: “hola mi vida, ¿qué pasa?”, “eso mismo digo yo, ¿qué pasa con Mery?”, Sebas contestó “Mery se cayó en el baño, ¿cierto papi?”, “sí, pero realmente no sé qué fue lo que le pasó porque no quiere decir nada”, “sólo les voy a decir una cosa, me voy de esta casa, no trabajo más aquí”. Yo no sabía qué era la tal liquidación cuando doña Alba dijo “Mery, usted tiene derecho a una liquidación”, “¿cómo así? yo no sé qué es eso”, “es por el tiempo que usted lleva con nosotros” y el patrón contestó “¿cómo así?, ella no tiene derecho a nada porque va a abandonar el puesto”, “no Gustavo, ella se merece la liquidación, si usted no me dice qué pasó vamos a tener una conversación muy seria”.

Bueno, nunca le dije esto a nadie pero fue algo con lo que tuve que vivir muchos años. Para mi peor desgracia volví a mi casa y fue algo todavía peor, porque me topé con la sorpresa de que habían matado a mi hermano menor porque no pagó una plata que debía. La amiga me preguntó “¿qué pasó?, ¿por qué se salió del trabajo?”, “quiso abusar de mí”, “¿no se lo puedo creer!”, “pues así es”, “¿cuánto le dieron de liquidación?”, “cincuenta mil? pesos y la mitad del mes”, “¿cuánto?”, “dos mil pesos”, “bueno, al menos le dieron la plata que es”. “¿Me va a conseguir otro trabajo?”, “sí claro, pero ojalá no le pase lo mismo”, “sí, porque yo no quiero volver a la casa, estas cosas que están pasando me tienen muy preocupada, que pesar de mi papá, por eso quiero trabajar para ayudarlo en lo que se pueda”.

Esta es mi historia, mejor dicho, la mitad de la historia de mi vida porque después que pasaron dos años me enamoré, tuve

a mi primer novio y mi primer hijo y pude volver a conseguir trabajo, con mejor suerte porque encontré personas respetuosas, hasta ahora.

*¿Quién soy?*

Mi nombre es Luz Mery Hernández, soy alta, acuerpada, morena y simpática, una persona con muchas ganas de salir adelante, con muchas aspiraciones y con unas alas grandes para salir volando y transmitir todo lo que tengo, una mariposa con muchos sueños.

Soy extrovertida, dinámica y soñadora, confidente, honesta, sociable, entregada a los demás y un poco susceptible. Así soy yo.

## **Mi vida frente al trabajo y estudio**

*Nohemy Silva Plata*

Soy Nohemy Silva Plata, nací en 1960, en la ciudad del Socorro, departamento de Santander. Soy la novena de 14 hermanos. Me llevaron a la edad de 5 años a la vereda Pamplona, del municipio de San Vicente de Chucury, íbamos del municipio de Simacota, desplazados por la violencia entre liberales y conservadores. Mi padre compró unas tierras Vírgenes de propiedad de Transito Morales, que se llamaban la aguacha, pero cuando hicieron las escrituras, en el año 1.968, mi padre le cambió de nombre y la llamo finca la palmita.

Desde entonces agarré un machete para tumbar monte, fuera de todos los oficios que debía realizar en la casa. Cuando llegaban las navidades si nos compraban un estren, no podían comprarnos juguetes. Hasta cuando mi madre estuvo viva, ella nos compraba una canastita con 5 dulces para cada hermano y éramos felices, pero esa felicidad duro muy poco. Muere mi madre en el año de 1.970 quedamos solos sin cariño ni amor de nadie.

Mi padre no me dio cariño ni amor, decía “su madre murió y la vida debe seguir”. Yo quería estudiar, pero papá se oponía

a que las hijas estudiaran. Entonces me levantaba a las 3 de la mañana, a moler el maíz para las arepas de pelao, el caldo o changua, para que desayunaran más de 30 personas, incluidos los obreros que laboraban en la finca, luego a hacer el puntal o más reconocido piquete, para que los trabajadores comieran por ahí a eso de las 9 de la mañana.

Como había tanta gente y nosotras éramos muy pequeñas, de 5, 6, 7, y yo de 8 años, utilizábamos unos palos o balcones para subirnos a la parrilla y poder subir entre todas las ollas del almuerzo. Entrábamos a las 7 de la mañana a clase y nos tocaba caminar más de 2 horas, para llegar a la escuela, la profesora Ana Maria Flores nos castigaba con un ladrillo en cada una de las manos y de rodillas pidiéndole perdón a la virgen por llegar tarde. No teníamos uniformes y nos colocábamos unos chilingos, manchados de plátano y el tizne del fogón de leña. Los cuadernos, los lapiceros y lápices, tocaba canjearlos por los huevos de gallina, en la cooperativa del colegio. Recuerdo que cuando eso la cartilla que se utilizaba era la de coquito.

El agua había que traerla como a un kilómetro de lejos, nos alumbrábamos con mechones de petróleo o una lámpara de caperuza o gasolina que papá la prendía cuando quería, porque eso era una reliquia para él. Mis tíos, hermanos de papá y de mamá frecuentaban la casa, a rogarle que nos dejara ir con ellos que tenían modos para colocarnos a estudiar, papá contestaba que él no había tenido perros para regalar, que para castigarnos lo hacía él mismo.

Hice hasta el tercer año de primaria en esa escuela. En 1974 llegó mi hermana Ángel Mira a casa, ella se había casado con Isidoro Rueda. Habló con papá y le dijo que me dejara ir con ella que vivía en el Corregimiento El Carmen, para colocarme

a estudiar y a la vez ella me enseñaba a coser ropa, él respondió que me dejaba, pero solo para que me enseñara a coser, entonces viajé con mi hermana para El Carmen.

Debía hacerle todas las labores de la casa, porque ella le ayudaba a su esposo a trabajar en la carpintería que tenían montada. Seguí con la insistencia de estudiar y me matriculé en el colegio San Luís Gonzaga de El Carmen. Se estudiaba todo el día, pero al igual que en la casa debía hacer todas las labores, volarme del recreo para ir a lavar los pañales de mi sobrino Mauricio, montar las ollas del almuerzo y remojar la ropa para lavarla por la noche. Con ese esfuerzo termine en ese año de 1974 el cuarto año de primaria.

Mi hermana Mira me llevó de nuevo a la casa, le contó a papá que yo no había querido aprender la modistería. Él empezó a castigarme, por todo y me repetía “no quiso estar bien entonces a trabajar se dijo”. Me hacía ir a coger café o a macanear así estuviera enferma, mi hermana Lola que es un año mayor que yo me hacía aguas de limonaria, para bajar la fiebre, pero papá me hacía levantar a trabajar.

No pude seguir estudiando. Mis hermanas menores Marlene y Luz Elena estudiaban en la escuela de la vereda Guamales estaban muy tristes porque sabían que yo quería seguir estudiando, pero que papá no me dejaba. Ellas me ayudaron a armar un plan para fugarme de la casa.

Consumado el plan, me fui de la casa de mi padre, y sufrí mucho durante ese tiempo, mientras pude conseguir donde trabajar. En 1976 se presentó la oportunidad de emplearme en un negocio que se llamaba la *Jaula de Oro*, de propiedad de Maria Pérez, Yo le conté una parte de mi historia y ella decidió que fuera a trabajar. La entrada a las 6.A.M. Tenía que levantarme

a las 5. En ese empleo debía realizar varias labores, entre ellas el aseo de 2 pisos de los que componían la empresa, terminar de sacar los 200 pollos que se vendían a diario, que se dejaban adobados desde el día anterior, además picar la verdura y la menudencia del pollo para hacer la sopa. Se vendía mucho, ya que era la única parte en Barranca que vendía pollo asado, el resto del día debía servir como y despachar los pedidos yo misma. Así pasaron más de 3 meses y doña Maria decidió vender el negocio para trasladarse a Bucaramanga dejándome recomendada en otro restaurante, *el Caribe* de Fidelina Plata y Jesús Sánchez. Seguí trabajando juiciosa y los patrones me apreciaban mucho.

Mas adelante pude validar la primaria con las monjas del señor de los milagros del barrio versalles. Al regresar al restaurante por mi liquidación y mi mes de salario, me encontré con Nancy una mujer que frecuentaba esos lugares donde yo laboraba, ella me convidó para Venezuela. Yo estaba muy deprimida, me sentía sola y decidí irme con ella.

No conocía nada, cojí una caja eche mi ropa y ella me llevo a la lancha *Nancy Elvira*, que salía los miércoles, pero tocaba quedarse allá la noche del martes. Nancy cogió la caja con mi ropa y mi liquidación, se me perdió en la lancha, esa noche recuerdo hizo mucha tempestad, la lancha parecía que iba a naufragar, yo estaba sola y vestida con ropa muy sencilla por el calor que hacía. Esa noche sentí mucho miedo y frío.

Se acercó a mí un anciano que tenía una ruana que se paraba del mugre y del olor a feo, me dijo, ¿eh niña que tan solita por ahí? ¿Con quién estás? Yo conteste “estoy con Nancy”, ¿Quien es Nancy?, yo le respondí “una señora”, como yo titiritaba de frío él me acogió y me arropo con su ruana.

Al lado de él pase 5 horas, amanecí debajo de las ruanas de aquel abuelo. La lancha salió a las 4, A.M. empezó a descender

por el río Magdalena, yo a pesar de no tener ni siquiera la ropa gozaba con pasear y mirar los hermosos paisajes. Subí hasta donde estaba el que piloteaba la lancha, me pregunto ¿qué hace una princesa tan linda como tu, por ahí tan solita?, ¿con quién vienes y para donde vas?, yo le respondí para Venezuela,...! para Venezuela, ”pero si este barco va para Sincelejo haciendo el recorrido por todos los pueblos que quedan en la orilla del río Magdalena”, ¿con quién fue que me dijiste que venías? yo le conteste con Nancy, “¿o me digas que es Nancy la que yo conozco?”, “vea niña con esa mujer no ande es una zorra, prostituta, que no hace si no conquistar niñas inocentes para prostituirlas, ahora que lleguemos al municipio de Puerto Wilches le mando ha preparar un desayuno”, yo le agradecí.

El piloto se levanto, dejó un reemplazo y se fue a buscar a Nancy, llegó con mi ropa y me alojó en su camarote, me entrego sus llaves, ahí dormí las otras noches que demoró el barco hasta llegar a El Banco Magdalena a las 5.P.M. Lorenza me sacó de allá y me dijo “Muchachita alístese que se va conmigo en la lancha *Rosario Isabel* que sube ahora. Me sacó de ahí y me regresó a Barrancabermeja. Cuando llegué ella me soltó y me dijo que buscara mi vida, que no siguiera más con su hija, porque era una descarada ‘vagamunda’, que se había atrevido a quitarle hasta el marido.

Apareció Gonzalo Nova un cliente del restaurante, arrendó una pieza en la avenida del ferrocarril, pero solo dure ahí 1 mes, porque entré a trabajar en una sastrería de la calle novena. Allí el señor José su propietario me colocó a hacer arreglos, cambiar los sierres, coger las botas de los pantalones y plancharlos, dure mes y medio, ya que cuando había aprendido a hacer todo don José me dijo que ya no me necesitaba mas, que me fuera, que si me quedaba era con la condición de ser su amante, porque toda mu-

jer que trabajaba ahí se sometía a esa condición. Había conocido en ese lugar a Consuelo y Darsy ellas mandaban a arreglar prendas al escuchar al señor José, me llevaron al apartamento donde vivían, me compraban comida y me cuidaban mucho, decían que les recordaba a sus hijas que habían abandonado.

Me llevaron al restaurante del suegro de Consuelo a trabajar, atendía a los clientes en las mesas. El suegro de Consuelo, don Carlos me piropeaba mucho, por lo que su mujer me celaba y fue el motivo de mi retiro. Luego entré a trabajar en el Hotel Colonial, allí el administrador era don Luís. Me tocaba hacer el aseo de más de 42 piezas y tender sus camas, no pude seguir trabajando porque según el administrador yo debía convertirme en su amante y este señor hizo varios intentos de violarme.

Allí conocí a doña Olivia Jaramillo, quien se enteró de lo sucedido, y me llevó a vivir en una casa que ella tenía arrendada en la calle 1ª de la Floresta, todo esto sucedió en el año de 1976. Estando ya viviendo con doña Olivia conseguí un trabajo en una heladería ubicada en la carrera 17 barrio Uribe, Uribe, cerca del hospital San Rafael. La señora Olivia, era mujer cristiana, de buenas costumbres.

Posteriormente trabajé en el club-náutico de la ciudad como ayudante de cocina pero no daba bola en ese oficio, entonces me pasaron para la caja, ahí funcionaba muy bien, en este club aprendí a nadar y a esquiar, disfrutaba de ver la pesca y de los paisajes de la ciénaga san silvestre, los socios de este club eran gringos, italianos y personas prestigiosas de Barrancabermeja.

Del club me salí porque me atracaron un 28 de noviembre de 1977. Al salir del club me dirigí a vivir con doña Ofelia Valenzuela, a lavar ropa de los trabajadores del ferrocarril, durante más de un mes. Después trabajé en la bomba de servicios Ba-

rancabermeja, de propiedad de Marcos Zapata, persona que había sido cliente del club náutico. Atendía la vitrina, también debía consignar el dinero producto de las ventas del día, cosa que tenía que hacer con don Marcos. Cuando entraba a la oficina este señor quería que yo me dejara manosear, se molestaba porque yo no lo permitía, lo mismo sucedía cuando me llevaba a hacer las consignaciones.

Luego entré a trabajar a la fábrica de traperos de Sorangela Lopera viuda de Jaramillo, allí debía coser mecha para trapero y sacar más de 100 docenas diarias. Conocí a Lucio Padilla Baddillo, nos pusimos a convivir juntos, salí embarazada y el 28 de noviembre del año 1980 nace mi primogénito Farid. Ese mismo año me fui a vivir a Bucaramanga, mi hermana Marlene me consiguió un trabajo en Kar parqueadero, en este lugar había una cafetería y me contrataron.

La Administradora se llamaba Maria Eugenia, era muy petulante, quería que se hicieran todas las cosas al tiempo, trabajé allí 3 meses, apareció entonces el padre de mi hijo y me dijo que reconsiderara, que me viniera para Barrancabermeja, le conteste que no quería seguir viviendo mas arrendada. Estuvimos de nuevo juntos, quede embarazada nuevamente, este fue el motivo para que me despidieran, según la administradora porque mujeres embarazadas no podían laborar ahí.

Seguí viviendo en el barrio balconcito, donde conocí a una señora llamada Senovia, ella se dedicaba a recoger de las fabricas los retales y confeccionaba colchas muy bonitas, me enseñó a cortar y a coser; cuando ya teníamos más de 20 colchas confeccionadas me iba con ella a venderlas, en las plazas de mercado Guarín y la plaza central de Bucaramanga, todo esto hasta que nació mi segundo hijo Aydar.

Apareció de nuevo el padre de mis 2 hijos diciéndome que ya me había conseguido un lote para construirme un rancho en la puerta del 11, de la vereda los Laureles. Me vine para Barrancabermeja, pero no precisamente para el lote, sino, que al frente nos contrataron para cuidar una finca que estaba en proceso de remate, nos contactó el perito del Banco Cafetero, pero nunca nos hicieron un contrato, esta finca estaba muy abandonada, nos colocamos a pulirla hasta dejarla bonita. Duramos aquí dos años, yo siempre le decía a mi marido que le dijera al perito que nos cancelaran el trabajo, que yo veía a ese señor muy enfermo, pero nunca me hizo caso.

Remataron la finca y este señor se murió. En el Banco nos dijeron que ellos no tenían ningún compromiso con nosotros. Un Político, el señor Alberto Murcia que fue la persona encargada del remate y nos dijo que nos daba 3 días de plazo para que se la desocupáramos o si no nos sacaba con la policía. En esta finca solo me gané un paludismo.

Estando ya en mi rancho de paroy, hice un censo de niños menores de 7 años y salieron 150. Gestione ante el ICBF, y logramos conseguir 4 hogares, pero cuando se hace esta consecución ya mis hijos tenían la edad de estar en la escuela. No me dieron un programa porque mis metas eran otras, pero si me nombraron en la asociación de los hogares, como tesorera, aquí empezamos a gestionar créditos. Un político llamado Maximiliano Vergara, me había prometido que me entraría a trabajar en el municipio de Barrancabermeja, me consiguió una cita, cuando iba llegando, escuché que habían atentado contra su vida, entonces las ilusiones de trabajar se fueron al piso.

La vida siguió su curso. En la alcaldía, conseguí que me mandaran a hacer un curso de la división territorial y descen-

tralización administrativa de los municipios. Ya teniendo estos conocimientos, la alcaldía por intermedio de la Secretaria de Gobierno Municipal tenía que desarrollar el programa para dividir a Barrancabermeja en comunas y corregimientos.

Me dieron un contrató para suscripción de cédulas de ciudadanía, en la vereda donde resido, esta para sacar la convocatoria para elegir los representantes ante cada comuna y corregimientos. El concejo municipal sesiona y saca el acuerdo 014 del año 1.989 y divide a Barrancabermeja en 7 comunas y 6 corregimientos, para presentar la lista de candidatos en la secretaria de gobierno. Hago la campaña y salgo elegida, como comunera del corregimiento centro. En ese entonces, mi jefe de campaña era la promotora de salud llamada Liboria Rincón.

En esta representación tuve la oportunidad de capacitarme con la U.I.S en un diplomado que duro 3 meses, en la elaboración, presentación y ejecución de proyectos. En el año 1.992, se presenta la ley 136 de la descentralización Administrativa de los municipios y las registradurías deben asumir los procesos de elección de las JAL. Estaba embarazada de mi tercer hijo Eris, lo pensé mucho pero la gente que me conocía me insistió que de nuevo me presentara para elegirme en este periodo y los volviera a representar.

El 25 de junio del año 1993, Entré a trabajar en la oficina de desarrollo comunitario, allí hacía el aseo y el tinto, todavía era comunera. Los clientes de esa oficina eran los demás comuneros, los representantes de las juntas de acción comunal y los representantes de las diferentes organizaciones. Me quedaba todo el día para asesorarles en todo lo que había aprendido en el transcurso de todas las capacitaciones y representaciones que hasta ahí había obtenido. El coordinador de la oficina o jefe se llamaba

Carlos Parra, una persona, que había sido hasta representante a la Cámara. Con la única empleada que se llevaba bien era conmigo, él decía que admiraba mucho mi capacidad de trabajo y de liderazgo. Allí me convertí en la aseadora, secretaria, asesora, además de la comunera que venía siendo.

Se produce la ley 127 de 1.992 de la carrera administrativa. Se presenta la oportunidad de concursar para 2 cargos de promotores comunitarios, saqué 91 puntos, fue el mejor puntaje. Seguí trabajando en la oficina de desarrollo comunitario. En 1.998 se presentó la oportunidad de manejar un programa de capacitación para reinsertados, consistía en que 200 personas estudiaran el bachillerato, yo hice la inscripción y aproveché y me metí en este listado. Duramos 18 meses estudiando los sábados todo el día en el colegio INTECOBA de Barrancabermeja. Me presenté para las pruebas del ICFES y saqué 237 puntos. Lo que daba la posibilidad de presentarme a una universidad.

A finales del año 1.999 me presenté a la UIS para estudiar una tecnología Jurídica. Entré y tardé 3 años y medio, porque había que hacer un semestre de introducción. El día 7 de diciembre del año 2.003, me gradué como tecnóloga jurídica, de la Universidad Industrial de Santander. Ese día también recibí grado de ingeniero Industrial mi hijo Farid Padilla Silva.

En el transcurrir de estos últimos 3 años, he participado como representante de los empleados públicos de Barrancabermeja, en la comisión de personal en el 2001.

En el 2002 se presentó la oportunidad de participar como integrante de una lista para ocupar un cargo en la junta Directiva de ASTDEMP. La lista donde yo estaba, saco la mayoría de los votos, por lo que se sacaba la mayor parte de los integrantes en la junta directiva. Nos reunimos a la semana siguiente y por mayo-

ría me nombraron la presidenta de ASTDEMP.

Después de trabajar más de 10 años en la oficina de Desarrollo comunitario me trasladaron para la oficina de catastro, allí aprendí mucho de mis compañeros Marlene Castellanos, Miriam Martínez y del jefe encargado por esa regional Gustavo Pérez.

En el mes de abril de 2006, me trasladaron para la secretaria de desarrollo económico y social, el jefe Luis Javier me dio la bienvenida, por medio de una carta y un agasajo, pero no habían pasado tres días cuando me mandaron llamar, de la oficina de personal y me dicen, que me trasladaban para la inspección de policía del corregimiento del centro, cargo que no acepte, por los problemas que hay, desalojos de los colonos del corregimiento, por la entrega del petróleo que el gobierno le esta haciendo a las multinacionales. Además es el sitio donde resido.

Por último estoy estudiando y preparándome para concursar en la convocatoria 01 del año 2005 de la CNSC, para lograr quedarme en el cargo que tengo.

*¿Quién soy yo?*

Estatura 1,62, Piel trigueña, Ojos negros, Mis medidas: pantalón 14 y blusa talla L., Cabello castaño oscuro, Nariz fileña, Cejas Pobladas, Peso 74 kilos. ¿Como me siento que soy yo? Siento que a primera vista, represento a una mujer muy fuerte, creo que lo tengo marcado en mi rostro, pero soy muy sensible, amable, sincera, buena amiga, luchadora, persistente, trabajadora, tolerante, buena suegra, Buena madre, buena compañera, generosa, estudiosa, muy positiva, sencilla y con muchas ganas de salir adelante. Capaz de enfrentar con sencillez cualquier situación. Mis defectos: Empecinada, hablo mucho